

Fundación Juan March

poética **y** POESÍA

FÉLIX GRANDE

Madrid MMXIII



Félix Grande

PYP

Fundación Juan March

Madrid MMXIII

Cuadernos publicados:

1. Antonio Colinas
2. Antonio Carvajal
3. Guillermo Carnero
4. Álvaro Valverde
5. Carlos Marzal
6. Luis Alberto de Cuenca
7. Eloy Sánchez Rosillo
8. Julio Martínez Mesanza
9. Luis García Montero
10. Aurora Luque
11. José Carlos Llop
12. Felipe Benítez Reyes
13. Jacobo Cortines
14. Vicente Gallego
15. Jaime Siles
16. Ana Rossetti
17. José Ramón Ripoll
18. Jesús Munárriz
19. Juan Antonio González-Iglesias
20. Pureza Canelo
21. Jordi Doce
22. Amalia Bautista
23. Vicente Valero
24. Javier Rodríguez Marcos
25. Olvido García Valdés
26. Luis Antonio de Villena
27. Joan Margarit
28. César Antonio Molina
29. Antonio Martínez Sarrión
30. Jenaro Talens
31. Félix Grande

poética y POESÍA

26 y 28 de noviembre de 2013

© Félix Grande

© de esta edición Fundación Juan March

Edición no venal de 500 ejemplares

Depósito legal: M-31632-2013

Imprime: Improitalia, S. L. Tomelloso, 27. 28026 Madrid

FÉLIX GRANDE

¿Quién es este escritor? ¿Gracias a quién?

La hermana de uno de mis camaradas había sido raptada por una jauría de malditos piratas sarracenos. Había que rescatarla, inmediatamente. Aunque perdiésemos la vida en el empeño. Si un hombre no arriesga la vida por una mujer y si además esa mujer le acelera a ese hombre la velocidad de su corazón, y si además aquella criatura tenía una bellísima cabellera negra como la noche, ¿cómo ese hombre iba a mirarse a la cara el resto de su vida sin sentirse sofocado por la vergüenza? De modo que organicé a mis bravos soldados y, todos juntos, incluido mi apesadumbrado amigo, que lloraba por la suerte que su hermana pudiera correr en manos de aquellos facinerosos, corrimos por los llanos, los barrancos y las cimas de las montañas, brillando el sol sobre nuestras aceradas espadas y resonando la justicia en nuestras gargantas que gritaban ¡Ana María, Ana María...!, y el eco de nuestras llamadas rebotaba de monte en monte llevando a Ana María, donde quiera que se hallase mortificada por las ligaduras, un mensaje de liberación. Como así fue: al atardecer divisamos el humo que salía de la cueva en donde los infieles se habían escondido para escapar, inútilmente, a nuestra cólera. De nada les sirvió ocultarse: descendimos por el barranco, dejándonos pedazos de nuestra camisa y sangre de nuestros antebrazos entre los pinchos de las zarzas, hasta llegar a la boca de la guarida de los miserables raptadores. ¡Salid, cobardes, odiosos raptadores de niñas, dad la cara como los hombres! Como quiera que el terror les hacía contener el aliento y permanecer completamente inmóviles, hubimos de traspasar la entrada de la cueva:

allí, en la oscuridad distraída tan sólo por unos cuantos sarmientos encendidos, vimos a Ana María, con las manos atadas a la espalda, llorando unas lágrimas que hasta ahora habían sido motivadas por el terror y que ahora le brotaban a causa de la felicidad; vimos también a media docena de desalmados harapientos y sucios, con semblante sombrío, aferrados a sus espadas: mi camarada y yo, con prescindencia del resto de nuestros soldados, arremetimos contra los raptos repartiendo poderosos mandobles ante los que nuestros enemigos no tuvieron más remedio que, primero, retroceder y, luego, correr en desbandada por el barranco, perseguidos por nuestros gritos de victoria. Finalmente, entré de nuevo en la caverna, pronuncié el nombre de Ana María con infinito amor, le desanudé las ligaduras, le acaricié las muñecas desolladas por la soga de esparto; luego tomé su cara maravillosa entre mis manos, la miré muy serio a los ojos, me incliné sobre ella y le lamé los labios. Volvimos triunfadores, ya haciéndose de noche, pero con suficiente luz para notar que, en las afueras, todo el pueblo nos aguardaba, aclamando nuestra bravura. Ana María y yo, tomados de la mano, nos miramos y comprendimos que el destino acababa de decretar que nuestras vidas habían quedado anudadas por el amor eterno.

*

Ese fue mi primer poema. Inútilmente lo he buscado medio siglo más tarde. El 25 de febrero de 1988 murió mi padre. Algunos días después, buscando entre sus papeles,

recordé aquel poema. Pensé: tal vez mi padre lo haya conservado durante toda su vida. Aparecieron los documentos que buscábamos para trasladar la pensión contributiva a mi madre, y ya no busqué más. En el mueble donde mi padre conservaba todas las ediciones de mis libros, y un centenar de libros más, buena parte de ellos sobre la Guerra Civil española, ordenados en viejas carpetas envejecen los papeles que pertenecieron a mi padre. Cuando muera mi madre miraré esos papeles, uno por uno. Encontraré señales del paso de mi padre por la Tierra, su letra inclinada y enérgica, su firma legible sobre una rúbrica sensual, dinámica, orgullosa. Veré setenta y siete años de la vida de un hombre cuyo cuerpo ya se pudrió bajo la tierra y cuya sonrisa recuerdo como se recuerda el deslizarse de una navaja abriendo la pulpa de la mano. Es aquella sonrisa con la que miraba a las cabras de noche, en la hora de la rumia, y con la que contemplaba los trigales maduros. Es la misma sonrisa con la que me miró a los ojos un día de enero de 1945, tras leer el primer poema que su hijo le entregó. Algo más recuerdo sobre aquel mi primer poema: estaba escrito en octosílabos romanceados. Naturalmente, estoy seguro de que el poema era espantoso, pero recuerdo que su medida era perfecta. Siempre tuve un excelente oído. Yo tendría que haber sido músico. Quizás habría vivido con menos angustia. No lo sé. En realidad no lo sé. Conozco músicos capaces de sufrir como perros. Lo que sí sé es que entonces, aquel invierno, días después de escribir un romance contra los raptos de mi amada, el día en que cumplí

ocho años, mi padre me regaló las obras completas de José María Gabriel y Galán. Mi padre supo antes que yo cuál sería mi actividad en esta extraña vida. Nadie de mi familia había escrito jamás otra cosa que cartas. (En verdad, y además del romance del abuelo Palancas, recuerdo una excepción: en el año 1942 mi hermana Luisi murió de difteria, con tres años de edad; años más tarde —yo ya era, como hoy, aprendiz de poeta—, una mañana le pedí dinero a mi padre; me dijo que su billetera estaba encima de la mesita de noche de la alcoba donde dormían mi madre y él, y que cogiera el dinero que necesitase; junto al carnet de identidad había una cuartilla, doblada en ocho porciones, a punto de rasgarse por los lugares en que estaba doblada, y también por el sigilo de los años; desdoblé esa cuartilla: en ella, manuscritas, había tres estrofas de cuatro versos octosilábicos cada una; recuerdo la primera: «Yo vi su pálido rostro / descansar en la almohada / y luchar en agonía, / contra su cuerpo, su alma». Le pregunté a mi padre: ¿Cuándo escribiste este poema? Mi padre me miró con su sonrisa en paz: «Cuando Luisi murió», me dijo. No le tembló la voz. Mi padre —que murió casi de pie, apoyando su cabeza sobre el hombro de uno de mis hermanos— no sentía hacia la muerte ni miedo ni odio ni furia ni asco. Era valiente como un árbol, natural como un árbol. Ojalá yo hubiera heredado su naturalidad. No fue así. La tensión de la muerte la heredé de mi madre. Quizá por eso, siempre que pienso en mi padre siento una mezcla de admiración y culpa y siempre que pienso en mi madre siento una mezcla de rencor y

piedad). Nadie de mi familia había ni remotamente pensado nunca que de esa parva saliera un escritor. ¡Escritores! ¡Para gollerías estábamos! Hasta donde me alcanza la memoria heredada, entre mis antepasados no hubo nunca otra cosa que jornaleros infamados por el caciquismo y algún pastor de quince o veinte cabras, seres aherrojados a lo que la gente fina llama la cultura de la pobreza. ¡Escritores! Toda mi estirpe es una historia de bochorno y de frío, de sudor y de hambre. Mi profesión debería ser no la victoria de mis antepasados, sino su clamor, su venganza. Porque para contar toda esa historia ya no me alcanza la piedad. Pero dejemos esto por ahora. Resumen: en enero de 1945 escribí un romance en octosílabos. Recuerdo que aquel adefesio puntillosamente medido no bajaría de noventa o cien versos, rimados de dos en dos en asonantes. Unos días después, el 4 de febrero, mi padre festejó mi octavo cumpleaños regalándome las obras completas de Gabriel y Galán. Eran dos tomitos de Afrodisio Aguado, creo recordar que con tapas azules. Hasta los quince años de edad ya no volví a acordarme de mi destino de escritor, mi infancia fue muy distraída: me distrajeron mucho los juegos, la pobreza, el terror, la humillación y la alegría. En siete años no volví a escribir. Pero pocas semanas después de aquel 4 de febrero de 1945 ya sabía de memoria varios poemas de Gabriel y Galán: «El ama», «La pedrada»... Mis padres habían vivido, recién casados, unos meses de felicidad en Mérida, hasta que se produjo la sublevación fascista que llevó a mi padre a los frentes republicanos y a mi madre al espanto y

a las enfermedades nerviosas. ¿Allí, en Extremadura y en la felicidad, había conocido mi padre la poesía de Gabriel y Galán? Dos tomitos de Afrodísio Aguado fueron el agasajo de mi cumpleaños, el premio a mi primer poema y la puerta de mi destino.

*

La heroína de mi romance octosilábico se llamó Ana María: la amada de *El Guerrero del Antifaz* se llamaba Ana María. De aquella creación de Manuel Gago, que había comenzado a publicarse, en cuadernos semanales, en 1944, tomé el nombre de Ana María (que en realidad se llamaba Rosita y vivía enfrente de mi casa: yo estaba enamorado de ella y me moría por besarla y por aspirar desde cerca los olores de su pelo, de su piel y su ropa); de aquella creación de Gago tomé la decisión de que los raptos abominables fueran sarracenos. Veamos: por un lado, yo era un niño manipulado por la derecha: Franco quería reproducir, en su raro delirio militar, la época del Imperio, cuando el catolicismo español se enfrentaba al Islam; y ese era el mensaje que los censores de la época paleofranquista encontraban, halagados y jubilosos, en los cuadernos de *El Guerrero del Antifaz*; pero, por otro lado, yo ya empezaba a ser antifranquista: «los moros» habían ayudado a Franco en la Guerra Civil; «los moros» habían entrado en la Mérida de 1936 y aterrorizado a mi madre; y Franco tenía una «Guardia Mora»; y ese era el mensaje que subliminalmente leíamos en los cuadernos

de *El Guerrero del Antifaz* los hijos de los vencidos en aquella posguerra. De Manuel Gago, finalmente, tomé la convicción de que morir por una mujer es la única muerte honrosa que le está destinada a un hombre: ni más, ni menos. En fin, todas las páginas anteriores se resumen en esta frase: mi primer año universitario fue dedicado al estudio de *El Guerrero del Antifaz*. Y mi curso siguiente lo dediqué a las poesías de José María Gabriel y Galán. Pienso que fue un buen curso: el poeta salmantino-extremeño rimaba con esplendidez, con opulencia. Más tarde llegaría Rubén Darío, pero mi primer profesor de música verbal fue Gabriel y Galán. Fue también mi primer profesor de retórica pomposa («... besaba la espantosa podredumbre / con locos arrebatos de ternura»): tuvo tanta influencia sobre mí que aún ahora, medio siglo más tarde, noto a veces cómo me sobran adjetivos y cómo tiendo al abuso del patetismo. Aunque no debo culpar en exclusiva a Gabriel y Galán de mi tendencia al patetismo, al impudor y a las palabras sanguinarias: comparte ese pecado con Gabriel y Galán el energúmeno Fiódor Mijáilovich Dostoiewski. Pero esa es ya otra etapa de mi formación de escritor.

*

Creo que si yo no hubiera vivido casi toda mi infancia y toda mi adolescencia en Tomelloso, haciendo vida campesina, habría acabado volviéndome loco o drogadicto o qué sé yo. Ni mi herencia genética por la parte materna ni la época en que nací (en la Mérida de 1937, horrorizada

la ciudad por la guerra y mortificada por el hambre) me destinaban a una vida larga y serena. Pero conocí a tiempo la serenidad de los campos. Todo en los primeros dos años de mi infancia estaba desfigurado por el terror y por la muerte, y la infeliz de mi madre no era el dique más indicado para detener esa nauseabunda riada que golpeaba contra los tabiques de mi conciencia y que acabó convirtiéndome, como mínimo, en un insomne. ¡Mi madre...! Estaba tan llena de horror —quizá también, inconscientemente, de odio— que intentó varias veces ahorcarse de la rama de un árbol. Otro día intentó arrojar al pozo. Ahora sé que no quería matarse, sólo pedía socorro (como todos, por lo demás, o como casi todos), pero entonces, en aquellos años de posguerra, ¿cómo iba yo a saber eso? Sabía lo que veía: a mi madre amenazando suicidarse y a mi padre abrazándola y hablándole bajito al oído, para apaciguarla: «Mary, Mary...», despacio, muy bajito, muy despacito, hasta que la pobre suicida se consentía llorar y se tranquilizaba. Pero tras esa escena que se me pegaba a la cabeza como un engrudo, el campo me devolvía la fastuosidad de la niñez. El campo, que parecía morir en invierno, resucitaba en primavera y estallaba en verano. En octubre comenzaban a disminuir las pámpanas, en noviembre los árboles se quedaban desnudos, en diciembre las cepas heladas por el cierzo parecían sentencias agarrotadas por la desesperación y por la soledad. Entonces venían las nevadas a ensuciar las calles y a embellecer a las llanuras. Cuando se diluían las últimas nevadas llegaban los fríos y las lluvias racheadas de febrero y

de marzo. Después llegaba abril, lloviendo y provocando el esplendor delicado de los primeros verdes de trigo, de cebada, de centeno, de avena. Y en seguida el sol se adueñaba de todo: del campo, del pueblo, de los rostros y de la vida. Mayo era prodigioso: los cereales verdes, respunteados por el violento rojo de las amapolas, se precipitaban hacia los ojos y por ellos entraban en la sangre y desde allí se ahondaban hasta ese recinto indescifrable que llamamos el alma. Y entonces vivir era una fiesta verde que iba granando día tras día hasta que en junio la fiesta pasaba a ser dorada: el viento movía las cabezas de las espigas, y allí, dentro del pecho, algo sonaba a oro: era el verano. En primavera y en verano las cabras llenaban la panza y los chiquillos éramos felices. Gritábamos por las calles durante los anocheceres parsimoniosos, corriendo como huracanes con la energía que suspiraba en todo el campo. Venía la siega, y los rastrojos se ponían de oro viejo, mientras el macho cabrío, majestuoso, cubría a la manada de cabras con una lujuria sagrada. De manera que cuando, cinco meses más tarde, el invierno depositaba sobre el campo una alfombra de desolación, metáfora del dominio de la muerte en el mundo, la vida comenzaba a balar entre el estrépito del nacimiento de los chotos. Algunos días de invierno, en las llanuras de La Mancha, con todo rastro de vegetal muerto, moribundo u oculto bajo los cierzos vengativos, en las mañanas frías o en los atardeceres taciturnos, lentos como epitafios, el alma parecía comprender que todo es vano, pasajero e inútil; algún carro lejano arrastrado por una mula se desplazaba

casi al borde del horizonte como la rúbrica de la desilusión y el ánimo del abandono; las cabras hincaban los dientes en la tierra endurecida por el frío, buscando las gruesas hebras de la grama: las cabras tenían hambre, el campo parecía estar muerto, el invierno se adueñaba del tiempo y lo desengañaba: pero de pronto, en el centro del desengaño, una cabra se despatarraba o se acostaba sobre el suelo, empujaba desde sus entrañas hasta que aparecían las pezuñas delanteras del choto; empujaba con la obstinación con que nace la vida (a veces, mi hermano Julio y yo teníamos que meter la mano en las entrañas de la parturienta para enderezar la cabeza del choto); finalmente, emergía la cabeza del animal naciente, luego se deslizaba el tronco hacia la vida y por último brotaban de la barriga de la hembra las patas traseras del animalillo viscoso, que quedaba un instante casi inerte, derramado en el suelo; durante unos minutos su madre lo lamía, le limpiaba los licores pegajosos del parto, los limos del paraíso intrauterino, con su lengua larga, hábil y práctica; en seguida, el choto intentaba levantarse para comenzar a mamar; guardaba el equilibrio sobre sus cuatro patas, se caía dos veces, volvía a levantarse; daba unos pasos, se caía de nuevo, se levantaba, cada vez más seguro, hasta que lograba llegar junto a las ubres de su madre. Había días en que mi hermano y yo regresábamos con tres o cuatro chotos recién nacidos agarrados con nuestras manos, con sus madres pegadas a nosotros, dándoles lametones al lomo de sus crías. Y eso ocurría en el centro del desengaño del invierno. De modo que la tristeza de los campos

arrasados por el invierno era acosada y arrinconada por la energía con que la vida combate por el imperio de su propia violencia... y así la rueda de las estaciones, los plazos de los partos, la muerte de los vegetales y la floración de las vides y de los cereales formaban un vaivén de fuerza y de abandono, de derrota y de salvación, de sol y nieve y nuevamente sol, de furiosa vitalidad agrietando la melancolía de las cosas finitas: quiero decir que la naturaleza me enseñaba filosofía. La rotación de las estaciones, la germinación de las semillas y el semen del macho cabrío iban bordando sigilosamente el mantel de la eternidad; y en esa eternidad, en la que todo era mortal, todo volvía a nacer, y sobre ese mantel de testaruda inmortalidad provisoria iban cayendo las migas del pan de la merienda, y sobre ese mantel caían también mis interrogaciones, mis antiguos terrores infantiles, las gotas de semen de mis masturbaciones, mis angustiosas ganas de vivir, pequeñas pero testarudas como las testarudas y pequeñas semillas: allí, en mi adolescencia, junté los cuatro picos del mantel, lo anudé y lo guardé conmigo. Mucho tiempo después, ahora, esta noche, enfrente de los años que aún me quedan para morir, desnudo una vez más el mantel de mi adolescencia campesina para tratar de averiguar qué podré hacer aún con aquellos bordados y migajas, en qué libros voy a contar cuanto entonces tenía y cuanto ya entonces me faltaba, y comprendo que sea lo que sea lo que aún quede de autenticidad en mi vida (un poco de energía, la dependencia que siento por los seres a quienes amo, la culpa y la angustia «juntas como una

lágrima» y mi costumbre de arrimarle unos yeros al insaciable hocico del terror), sea lo que sea lo que aún me quede de autenticidad, comprendo, lo repito, que fue allí, en el campo, en la rueda incesante de las cuatro estaciones, donde aprendí filosofía. Es muy posible que sin aquel asentamiento de mi fragilidad sobre los sólidos cimientos de los señoríos de la naturaleza quizá me hubiese vuelto loco como la hermana de mi madre, y quizá el hombre medio insomne y el poeta del amor y de la pesadumbre en que me he convertido habrían caído precipitados, hacia mis veinte o veinticinco años, en el suicidio que mi madre no llegó a perpetrar y con el que sin embargo me aterró para siempre. Les debo mucho a aquellos años. Quizá les debo haber sobrevivido. Es cierto que a veces me pregunto si haber sobrevivido es algo lo suficientemente claro y maravilloso como para sentir gratitud y alegría, o si por el contrario es algo tan ilegible y tan frecuentemente incómodo como para sentir perplejidad e incluso hastío, pero en todo caso tengo una deuda con aquellos años. No sólo porque apaciguaron el vértigo de absoluta nada con las pausas de eternidad que me otorgaba la rotación de los solsticios, no sólo porque aminoraron la velocidad de mi autodestrucción, sino también porque fue entonces, y de un modo casi animal y genésico, cuando descubrí la gloria de la sensualidad y la naturaleza sagrada del lenguaje. No es casual que mis primeros orgasmos dentro de una mujer ocurriesen estando ambos de pie contra una tapia (así, de esa forma precipitada, el placer parecía, además —o lo era—, una venganza, sin

dejar de ser la inundación en la inocencia) y no es fortuito que mi descubrimiento de que hay algo sagrado en las palabras se produjese contemplando la prosa jadeante del escritor más vertiginoso del mundo: Dostoiewski.

*

«Yo tenía quince años. En el verano o el otoño, el pastoreo me consentía leer muchas horas al día. Las cabras se sumergían felices en el rastrojo del cebadal o del trigo recién segado, o en el océano verde de alguna viña acabada de vendimiar, y allí llenaban la barriga y de inmediato se acostaban para la rumia. Podía sentarme entonces en medio de la tierra y tragar páginas impresas. No sé lo que buscaba en aquellos ingenuos libros. Crecer, quizá. Pero aquellos eran libros un pelín escasos de calcio. Eran las novelitas de Fidel Prado y de Marcial Lafuente Estefanía, o de aquellos otros escritores españoles que firmaban con nombre norteamericano elogios del FBI en ciento veinte exactas páginas. Un par de aquellas novelitas conmovedoras y embadurnadas de posguerra tragaba cada día. De no haber sido por la generosidad del azar hoy sería experto en el *Far West*, John Edgar Hoover, Arizona, la mentira antropología del cuatrero, del *gunman* y del sheriff de El Paso; sería un experto en la mitología de Las Rocosas y el bullicio de Dodge City... y seguiría creyendo que el encubierto federal podía acabar en unos segundos con sus cinco adversarios poniendo a cada uno una bala en el centro de la frente, mientras el tabernero del *saloon* se

frotaba los ojos. ¿Qué les debo a aquellos libritos de posguerra? Les debo el hecho de que me condujeran a suponer que sería una historia de crímenes y detectives la novela que compré porque en su espantosa cubierta un joven de mirada satánica le estaba dando hachazos a una vieja, con gran lujo de rojos goteando en todas direcciones, incluso hacia la parte alta de la página en donde podía leerse: «*Crimen y castigo*, por Fiódor Dostoiewski». Devoré el libro mágico aquel día de verano y llegué tarde a casa, pasada ya la hora de ordeñar. Con aquel libro algo ocurrió en mi vida. Durante varios días caminaba como con fiebre por los campos y durante las noches mi cabeza quemaba, hervía. Descubrí la pobreza, la locura, el remordimiento. Descubrí que en un solo ser habitan el delirio, la infamia, el sacrificio, la ruindad. Encontré allí el laberinto de la misericordia. Vi el ciempiés de la culpa. Y vi la nieve urbana, y vi el infierno de las ciudades donde pululan los sueños de los solitarios, y vi el crujido de las escaleras —el gemido del tiempo—, y vi el olor de Petersburgo. Y vi un sonido de monedas, y un cuartelillo de la policía, y la vejez inocente y culpable, y la juventud culpable e inocente. Y todo eso no lo veía meramente en el libro: lo veía para siempre en mi vida, en forma de ansiedad, de pánico y de revelación. El libro turbulento, bárbaro y virgen como la creación, había izado compuertas en la orografía de mi cerebro, y mi identidad me inundó. Yo braceaba, me ahogaba; pero ya me ahogaba en mi vida. Crujió mi infancia y me encontré perdido, abandonado: pero abandonado en la vida, por fin y para siempre:

millonario de sensación, solemnemente rico de desconcierto, feliz de horror, y súbito y antiguo, semilla de mí mismo, definitivamente inerme, indestructible. Descubrí, en fin —claro que todavía sin lograr expresarlo—, que hay una relación maravillosa entre lo más profundo del corazón humano y el reino insólito de las palabras. Se me incendió la percepción. La piedad y la cólera, el miedo y el amor, estaban desde siglos atrás inscritos en mis antepasados, pero ese libro fue el susurro en el oído que me invitaba a disfrutar mi herencia, mi verdadera herencia. Sin aquel libro y aquel día mi destino tendría otro rostro. Ni la sed de nombrar ni la alegría de descubrir los nombres de la vida, del tiempo, del espacio, de los rostros, se hubieran removido entre mis neuronas dormidas de manera tan formidable sin aquel libro que fue una puerta por la que poco a poco entré en este mundo de confusión, de júbilo insólito y de excelente angustia que persigue la palabra poética. Luego, después, llegaron todos; Shakespeare, oceánico; Cervantes, compasivo, el que sonríe irónicamente en la fatalidad del desahucio; Quevedo, cuyas palabras son fragmentos de espejo que reflejan gotas de sangre; Machado, caminando en el tiempo a paso lento de inmortal, con su ceniza en la solapa, con su ceniza pudorosa cubriéndole la originalidad secreta; Vallejo, al que se le rompían en la boca las palabras españolas arañándole las encías... Luego, después, llegaron todos. Pero a todos abrió la puerta esa novela, esa edición de cubierta exagerada en donde un joven de faz diabólica y con un hacha furiosamente dibujada proyectaba la sangre de una

anciana en todas direcciones, incluso hacia el lugar en donde en letras negras se leía: por Fiódor Dostoiewski. Recuerdo el libro aquel, el día impetuoso, el adolescente asombrado en medio de los campos de La Mancha, con un total amor. Los besaría a los tres y al lenguaje. Quizá mi memoria los besa cada vez que escribo una página.»

*

Fue hacia 1978 cuando escribí esos párrafos sobre la resonancia de *Crimen y Castigo* en mi fatalidad de poseer —y ser víctima de— una conciencia desvelada. Puedo resumir esos párrafos diciendo que la lectura de esa epopeya de la culpa fue mi examen de ingreso en la Universidad. Ya dije que en mi bachillerato aprendí *El Guerrero del Antifaz* y Gabriel y Galán. Ahora la cosa era más seria. Raskolnikof no se andaba con bromas. Viéndolo freírse en su lucidez prenietscheana hasta llegar al crimen, el joven estudiante que yo era mientras arreaba las cabras que nos había encomendado el abuelo Palancas comprobaba que la asignatura era laboriosa y compleja y que los estudios, que durarían toda la vida, estarían llenos de dificultad y estupor, de deslumbramiento y de angustia. Tras su crimen —con el que Raskolnikof había elaborado la teoría del superhombre—, la culpa y el remordimiento establecían la crítica del superhombre. Nietzsche no le hizo ningún regalo a Dostoiewski cuando aseguró que el novelista ruso era el único profesor de quien había aprendido psicología. Y si aquel energúmeno ruso, a la

vez revolucionario y zarista, simultáneamente héroe de la misericordia y antisemita, helado y arrogante en Iván Karamazof, llameante en Mitia, angelical en Alioscha y epiléptico en Smerdiakof, si aquel escritor jadeante y genial, lóbrego como la maldad y terapéutico como el consuelo, había enseñado psicología nada menos que a un genio alemán que acabaría derramando sus lágrimas abrazado al cuello de un caballo cansado, ¿cómo no iba a ser profesor de un adolescente campesino de la España de los años cincuenta? La cosa empezaba a ser seria. La vida de la conciencia se desadormecía, renunciaba –con dolor– al anestesiamiento de los juegos y los amores infantiles y sólo conservaba del pasado la carga de terrores, odios innominados, cóleras autocensuradas: todo ello abriéndose con el sombrío esplendor de una planta carnívora. De pronto, la especie a la que yo pertenecía enseñaba sus pústulas con la misma saña con que ciertos mendigos enseñan su muñón: no sólo para reclamar la compasión, sino también para exhibir su insoportable decepción y la armonía de su resentimiento. El horizonte derramaba sangre. La Historia mostraba, sin la cobardía del pudor, que estaba amamantada no en el amor, sino en el odio. El Tiempo dejaba de ser el prado en que se recostaba la costumbre, para empezar a ser el precipicio al que los inconsolables animales humanos podían caer en un momento cualquiera y al que en todo caso acabarían cayendo. Y el futuro ya no sería nunca más el espacio de la autorrealización y el cómplice del narcisismo, sino el bosque en donde habría que medirse al mismo tiempo con

los lobos y con los cazadores. El seísmo había arruinado todas las construcciones y ahora había que aprender a hacer habitables los destrozos y las ruinas: lo que me convertía en una criatura astutamente fraternal y al mismo tiempo irremediamente escéptica. En otras palabras: la ilusión de la salvación por el amor crecía en la misma planta que la desilusión por la evidencia de la perversidad y de la finitud. Podría decir: me convertí en neurótico. Sería una imprecisión: me convertí en un hombre que asumió su neurosis, incluso con cierta malsana arrogancia. Con otras palabras: Dostoiewski me susurró al oído que no existe en este mundo ninguna felicidad sin epilepsia, que el placer y el alivio sólo habitan en el infierno y allí hay que ir a buscarlos. En suma: que la vida no le regala nada a nadie, que es por lo menos tan despreciable como maravillosa, que vivir es un milagro y a la vez una inmensa estafa. Fueron lecciones que no olvidé nunca, y todos mis libros lo prueban. Dostoiewski, sin embargo, como ya lo anoté más atrás, me obsequió con algo que era exclusivamente bueno: la revelación de que a la realidad se la puede combatir y seducir, lamer y herir con las palabras. Descubrí que existe algo tan admirable como la alegría y tan vasto como el sufrimiento: la tensión poética. Entré en el infierno, pero ya tenía la oportunidad de ser camarada de mi destino. Sería desdichado y poeta. ¡Desdichado y poeta: nunca he llegado a averiguar por cuál de ambos dones sentía mayor orgullo!

*

Aquella fiesta se parecía a un estrago: leer un libro y otro y otro era una fiesta, pero una fiesta tan urgente que se asemejaba a la exasperación. Escribía con la misma violencia: un cuaderno tras otro, vertiginosamente, con un júbilo tan acelerado como el del jugador en una noche de fortuna, esto es, ganando sin cesar, pero víctima de la ruleta hipnótica y temiendo el zarpazo de la catástrofe. Tragaba libros como quien traga alimentos de forma compulsiva porque teme a algo desconocido y hambriento que tal vez ha comenzado ya a subir la escalera. Y escribía centenares de páginas al mes, sin sosiego ni disciplina, como si un invisible capataz amenazase con precipitar latigazos sobre mi alma si no lograba apresuradamente hallar la geología aurífera en donde mora, maravillosa, la expresión. Recordándolo ahora, comprendo que aquello no era una vocación espléndida sino un espléndido barranco, y que yo no me estaba haciendo el dueño de un lenguaje, sino el cómplice de un jadeo. Yo no descansaba escribiendo: escribía para resollar. En los libros que leía no hallaba la explicación, sino la turbulencia. Escribir y leer eran empeños que no me consentían reposo, por lo que pronto esas actividades opulentas suplantaron al sueño: a veces, desde mi mesa atascada de papeles, novelas y libros de poesía, con una manta sobre los hombros en invierno o casi desnudo en verano, veía acercarse el amanecer a mi ventana, con lentitud episcopal: entonces cerraba las carpetas, me levantaba, me echaba agua en la cara, entraba en el olor espeso del establo o en la luz titubeante del corralón y empezaba a ordeñar las ubres de las

cabras, todavía con la frase de un libro sonando en mi cabeza como una campanita de plata. Por entonces vino, inmemorial, fantástico, el insomnio y se quedó a vivir conmigo. Entiéndase: no acuso a la literatura de haberme ocasionado esa enigmática enfermedad: mi insomnio había nacido en las entrañas de mi madre al parirme y en el pus de la Guerra Civil española, se retiró durante algunos años mientras yo gastaba mi infancia, merodeó por mi casa mientras la cólera y la pena de mi primera adolescencia me empujaban hacia la madurez, y de pronto me apretó entre sus fauces, coincidiendo con la dentadura con que me mordían el frenesí de la lectura y el hambre de expresión poética. Yo sé ya que el insomnio me estaba destinado, y el enfebrecimiento de escribir y leer no fue su causa sino su forraje: las palabras no inventaban la noche: la poblaban. Por lo demás, a aquella edad ¿qué importaba dormir? (¿O bien, ya entonces, no dormir, no entregarme a la inconsciencia y a la suspensión de los cinco sentidos significaba una protesta ofuscada contra la muerte?) ¿Qué importaba dormir? Lo que importaba era comprobar cómo los libros desbarataban las leyes del horizonte, dilataban el mundo; preñaban a la conciencia, cebaban a la curiosidad y al entusiasmo y otorgaban a las palabras una resonancia universal. Recuerdo que algunas palabras se me pegaban como sanguijuelas y durante semanas engordaban sobre la desesperada inocencia de mis cuadernos: durante todo un invierno no escribí más que relatos y poemas sombríos con el único fin de que en ellos se hiciesen necesarias las palabras *taciturno* y *melancolía*.

La palabra *depravación* me persiguió dos meses y aparecía hasta en los poemas de amor más depravadamente pudorosos. La palabra *nostalgia*: reinó varias semanas en mi escritorio y todas las restantes palabras fueron súbditas suyas. El adjetivo *tórrido* se apoderó de mí y durante un cuaderno entero se me impuso para mencionar al verano, pero también a un sufrimiento, a una pasión, a un color, a un saludo, a un recuerdo: estaba descubriendo por mí mismo lo que habían descubierto muchos servidores de la literatura: las palabras no son vehículos, instrumentos, herramientas: son palpitaciones del mundo, emisarios del ser, porciones claras de lo misterioso. No nos sirven para clasificar la realidad, sino para oír latir sus iluminaciones. No son sirvientes de la frase, sino heraldos del Universo. Y no se juntan para sujetar a una idea, sino para liberar a la anarquía perfecta de las emociones. Tienen, en fin, la misma sacralidad que tiene la materia. Los astros forman una galaxia y las palabras una inmensidad, y tanto la galaxia astral como la inmensidad verbal son algo aún más turbador que un secreto: son un milagro: lo inquietante puro. Las palabras *proyecto*, *castigo*, *ruina* y *desazón* me dictaron todo cuanto escribí durante varios meses. Dejaba a las palabras resbalar por la lengua y notaba su polen, sus ácidos, sus limos: eran criaturas en estado de nacimiento y allí donde ellas se aproximaban todo se estremecía con el júbilo y el espanto de lo que emerge hacia la condenación lujosa de la vida. No: las palabras no servían para nombrar, ni por tanto para saber: todo es innombrable y nunca sabremos lo esencial: las palabras aparecían

—*eran* apariciones— como testigos de la plenitud de la vida, de la majestad del planeta en su presunción espacial y, también, como notarios de la tristeza de la muerte. Las palabras no eran útiles: eran magníficas. No agrandaban la claridad: ellas *eran* solares. No develaban el misterio, sino que lo constituían. Y no nos otorgaban ni poder ni conocimiento, sino desazón y consuelo. No viajaban por las avenidas de nuestra inteligencia, sino que estallaban en fognazos sobre los bosques de nuestras pasiones. Nosotros no éramos sus propietarios, sino sus servidores. Y por si fuera poco, sonaban como músicas. Uno escuchaba la palabra *felicidad*: era una balada. Uno escuchaba la palabra *infortunio*: era una sinfonía. Una palabra no nombraba algo concreto: iluminaba la totalidad de la sombra. La palabra *sombra* me dictó más de cien poemas: y todos ellos juntos no pesaban ni la centésima parte de lo que pesa la palabra *sombra*. Lo mismo que una música (uno despierta con una melodía sonando en el cerebro y a veces no consigue desprenderse de ella durante todo el día, y sólo el sueño la apacigua y la apaga), una palabra se instalaba en un instante del aprendizaje del poeta y durante semanas o meses cantaba su himno ante el que las restantes palabras se arrodillaban como los fieles en un templo. ¿Esto quiere decir que en aquella época de mi vida mi relación con el lenguaje vino a sustituir a mi perdida relación con Dios, como en otro sentido me ocurrió con el advenimiento de la carne? No lo sé, y averiguarlo quizá ya no tenga sentido. Lo que importa es saber que las palabras no son definiciones,

sino revelaciones. Y que la verdadera exactitud de la tensión poética no se resigna a proporcionar evidencia, sino que, más ambiciosamente, agranda la densidad y la santidad del misterio. En el poema, la verdadera precisión –a la vez ilegible y exacta, como lo es una resurrección– se derrama desde el jarro de la metáfora, y de ese líquido bebemos para saciar una sed que no tiene nombre: ¿sed de inmortalidad, sed de descanso, sed de amor, sed de venganza? Sed insaciable que la metáfora aminora con su don de acumular misterio a lo que ya es de suyo misterioso: las palabras. Sin la metáfora no es concebible la poesía, como sin el misterio es inconcebible la vida. ¡La metáfora: el día en que advertí cómo un poeta, para mencionar a una urbe, le llamaba «la selva de cemento» noté que todas las neuronas de mi cerebro bailaban, brincaban! ¡«Selva de cemento»! ¿Qué otra cosa podía yo hacer en esta vida insustituible y odiosa sino ser escritor?

*

¡Entonces fui escritor, no ahora! Ahora no sé para qué me sirve escribir, y escribo demasiado poco. Pero en aquella época, la etapa del aprendizaje, escribía con una furia y una alegría precipitadas, como si yo fuese una criatura feliz. Ahora conozco mis límites y a menudo cometo la cobardía de respetarlos. Entonces los violaba. Estoy seguro de que nada de lo que escribí en aquella época se mantenía de pie –de hecho, las pocas páginas que conservo de

aquella fiebre originaria son absolutamente vergonzantes—, pero ya escribía como si todos los escritores a quienes devoraba no fuesen mis maestros, sino mis camaradas. El terror, la tristeza y la soledad que constituían lo esencial de la herencia que me habían dejado la infancia y la Guerra Civil —confundidas una con otra, entreveradas para siempre— se retiraron tras la puerta en aquella fastuosa etapa de mi vida, recriminadas por la energía de la tensión poética. Más tarde, conforme iba transformándome verdaderamente en escritor, el terror, la tristeza y la soledad regresaron y se sentaron a vivir conmigo y a dictarme la mayor parte de mis libros. Pero entonces, por unos años, fui algo parecido a una criatura feliz: supongo que porque las palabras satisfacían mi necesidad de venganza, llenaban de bailes ceremoniales el recinto de la soledad y edificaban metáforas con las que podía sobrellevar o insultar al señorío de la tristeza. Sea como fuese, jamás he vuelto a escribir con tanta energía y tanta fe y, de igual modo, nunca he vuelto a leer con una voracidad tan insaciable. No saboreaba los libros: los leía a dentelladas. Y los tragaba sin método ni discriminación. En el mismo día me alimentaba de Rubén Darío y de Fenimore Cooper, al día siguiente tragaba cien páginas de Juan Ramón Jiménez y doscientas de Armando Palacio Valdés, y un sábado caían los relatos de Gustavo Adolfo Bécquer y una novela de Ricardo León. Sin transición cerraba una novela de Jacob Wasserman y abría otra de Stefan Zweig. En una madrugada leía cincuenta poemas de Espronceda y medio libro de Lajos Zilahy, en otra madrugada terminaba

una novela de Charles Morgan y devoraba dos comedias de Muñoz Seca y Pérez Fernández. Abandonaba las geometrías intelectuales de Sherlock Holmes y entraba sin interrupción en la prosa suspensa de Azorín. Me reía dos horas con los artículos de Wenceslao Fernández Flórez e inmediatamente me hacía cómplice de la espléndida indignación de Miguel de Unamuno. Durante un sábado leía treinta artículos de César González Ruano, un libro de Rabindranath Tagore y dos tragedias de William Shakespeare. Se acababa el *Persiles* y comenzaba *El obispo leproso*, con lo que en un mismo día me hacía amigo de Miguel de Cervantes y de Gabriel Miró (fue en un párrafo de Miró donde aprendí, deslumbrado, que las cabras no bajaban del monte, sino que «se derramaban hacia el llano»: la imagen era deslumbradora: con ella se informaba de que el ganado pastaba en la distancia, de que la tarde avanzaba encajándose en el misterio perfecto del Tiempo y de que los animales bajaban sigilosamente desprendiéndose del horizonte: las cabras derramándose desde el monte hacia el llano eran una prueba testifical de que hay un instante en la tarde en que el espacio y el tiempo son junta y suavemente misteriosos, y esa revelación estallaba al leer en una página el verbo «derramar»). Mi velocidad de lector era frenética: en una sola semana, sin saltar una línea, leí dos mil páginas de Vicente Blasco Ibáñez: ocurrió que mi padre (quien, con serenidad, la forma más contundente de la perseverancia, era anticlerical) encontró no sé dónde los siete tomos de una vieja y prohibida edición de *La araña negra*

y los dejó sobre mi desvencijada y succulenta mesa de trabajo: los deglutí con glotonería, con grasa entre los dedos, como comían los antiguos reyes.

*

Félix Cabañero Jareño era el secretario general de la Casa del Pueblo de Tomelloso. Félix Grande Ortega era el secretario de la Casa del Pueblo de Tomelloso, por el gremio de jornaleros de bodega. Ambos perdieron la guerra, uno de un solo trago, otro hasta la llegada de la democracia. En 1939 mi padre pasó, en Badajoz, aquella afrenta que llamaban «depuración» y después consiguió trabajo y tuvo hijos, vivió con dignidad y se murió de viejo. En 1939 a Félix Cabañero Jareño lo condenaron a muerte; ante el pelotón de fusilamiento, se desgarró la camisa con las dos manos, gritó «¡Viva la República!» y recibió en el pecho las balas, mirando —así me lo contaron— con firmeza a la boca de los fusiles. Pasaron quince años. En una tarde de verano, el dueño de una tiendecita de la calle de La Feria («Papelería-Librería»: esto es, allí se podía comprar una goma de borrar y alquilar una novela por cincuenta céntimos), con satisfacción despaciosamente campesina presentó a dos poetas: «Te presento al poeta Félix Grande», dijo el señor Carrasco, ceremonioso y suavemente cazarro. «Aquí te presento al poeta Eladio Cabañero», agregó, presentándose a un muchacho reseco y fuerte que llevaba el yeso lacrado sobre las palmas de las manos. El lechero y el albañil se saludaron con cierta

desconfianza y empezaron a hablar de poesía. Al cuarto de hora ya eran amigos. A la semana se habían convertido en hermanos. Eladio Cabañero era sólo seis años mayor que yo, pero, como quiera que tras el asesinato de su padre tuvo que hacerse adulto a los nueve años, cuando, después, lo conocí, su rigor, su disciplina y su autoexigencia eran infinitamente mayores que mi voracidad. Durante un tiempo fue mi profesor, no sólo literario, sino también vital. No consiguió transmitirme ni su serenidad ni su estoicismo (yo no tengo serenidad, sino algún que otro reposo en la vehemencia, y nunca he conseguido ser estoico, sino rencorosamente resignado), pero logró enseñarme un poco de paciencia: sabía mucho más que yo de la vida y de la muerte: yo había carecido de mi padre durante los dos primeros años de mi vida a causa de la Guerra Civil y, a causa de la Guerra Civil, Eladio Cabañero sólo unos años de la infancia disfrutó de su padre y luego tuvo que sustituirlo durante el resto de su vida con un lento coraje prematuro, un carácter severo que encubrió siempre a su ternura clandestina y que le mitigaba la vergüenza de ser tan desvalidamente bondadoso, y una capacidad de decisión a la vez inmediata y perseverante: Eladio Cabañero López había incorporado a su ser la ausencia de Félix Cabañero Jareño, y aquella ausencia formaba parte de la presencia, muy afectiva, pero contundente, de Eladio Cabañero. El resultado era un muchacho de veinticuatro años que ya había aprendido que sin tolerancia y estoicismo no se puede vivir y cuya juventud ya contenía la riqueza del desencanto. Todo esto y

su devoción por la amistad y la poesía lo rodeaban de un aire de autoridad que a la vez me cohibía y me nutría. Quienes han estudiado en la Universidad suelen asegurarme que lograron creer en su carrera gracias a las clases de tan sólo dos o tres profesores, e incluso de uno solo. Un auténtico profesor, con una sola asignatura, ha convertido a veces a un desorientado universitario en un profesional con verdadero amor por su trabajo. Algo muy parecido significó para mí conocer en aquella edad a Eladio Cabañero. Aquel albañil huérfano, autodidacta y disciplinado, reordenó mis lecturas, me prestó —y a menudo me descifró— los libros de poesía moderna, me hizo comprender las ventajas de releer a los clásicos no con violencia sino con lentitud, haciendo oído, lamiéndoles los siglos; me hizo conocer los primeros libros que leí de crítica literaria, compartió conmigo su conocimiento, de igual modo que en las tardes de invierno compartíamos en mi casa la merienda de pan y mostillo, o de pan y aceitunas verdes en la suya. Me recitaba de memoria páginas —enteras— de Cervantes, decenas de sonetos de Lope y de Quevedo, y acometíamos juntos la imposible tarea de encontrar las leyes del prodigio poético aproximando la lupa a un endecasílabo, una rima, un acento, un encabalgamiento, una diéresis. Tomábamos la poesía tan absolutamente en serio que a menudo, tras una laboriosa relectura de Antonio Machado, nos quedábamos prudentemente mudos: sin consentirnos que las lágrimas rubricasen los apellidos de la revelación. Algunas noches de domingo, en verano, al salir del cine, entrábamos en

un bar, comíamos cualquier cosa y bebíamos cerveza, pasábamos por mi casa a coger la guitarra, nos íbamos al campo con el también albañil Pedro Martínez –cuyo padre todavía permanecía en la cárcel por «desafecto» al Régimen– y allí, en pleno campo y plena noche, viendo a lo lejos las soñolientas bombillas del pueblo, durante horas recitábamos de memoria poemas de Manuel y Antonio Machado, de Quevedo y de Lope, del *Cancionero Anónimo*, de Darío, Miguel Hernández, García Lorca..., poemas que yo soliviantaba con falsetas flamencas o con improvisaciones menesterosas... Al amanecer regresábamos al pueblo, absolutamente seguros de que el odioso mundo era maravilloso y de que la vida era sagrada porque era misteriosa, y absolutamente seguros de que, con las mujeres, nada en el universo había tan necesario como la poesía. Tras la noche borracha de poesía y de guitarra, Pedro Martínez y Eladio Cabañero se encaminaban a su lugar de trabajo y yo entraba en la cuadra a ordeñar las vacas y comenzar los trabajos del día. (Cuando contemplo a esos poetas exquisitos que pareciera que leen con metrónomo, escriben con suficiencia y se emocionan con preservativo siento algo que va más allá de la indiferencia y no alcanza el rango de la lástima). No compartí con Cabañero solamente aquel entusiasmo calcificado por el rigor y aquella disciplina para aprender de los maestros y de los genios; también nos consentíamos una lúdica perversidad: a veces extendíamos sobre la mesa un poema de alguno de los mandarines del poder cultural que había logrado hacer pasar por estilo lo que no iba más allá de

manierismo, le eliminábamos versos o estrofas completas y corroborábamos que, tras el saqueo —o la limpieza—, la página no sólo venía a decir lo mismo, sino que a veces mejoraba —poco— al descargarse de grama discursiva. A la vez que nos divertíamos, aprendíamos la conveniencia de adelgazar la expresión para que esta lograra mayor palpitación y energía. En otras palabras, admirábamos para crecer como poetas y desobedecíamos para no descender de aprendices de artista. Supe entonces que la libertad de un artista se nutre en el conocimiento y el respeto por la tradición y asimismo en la alegría de desobedecer; o de otro modo: un artista ha de ser a la vez agradecido y desazonado, clásico y anarquista; o dicho de otro modo aún: un artista sabe que todo ha sido ya expresado y a la vez que todo está aguardando ser expresado siempre, porque cada nueva expresión es una gota de silencio. Nuestra vida de poetas era lujosa ante nuestra tradición literaria, y era una pura angustia ante el silencio en que la realidad se preserva. Queríamos celebrar la herencia de nuestra tradición poética, pero también iniciarnos como espeleólogos de nuestras emociones y de las emociones llamadas —o prohibidas— de la realidad colectiva. Fue entonces, en consecuencia, cuando comencé a ser un escritor moral y al mismo tiempo impudoroso. No es fortuito, pues, que el conocimiento de la poesía de Miguel Hernández, el poeta impudoroso y colectivo, dueño de una voz emocionalmente urgente, velocísima, y de una tórrida temperatura civil, fuese para mí un fagonazo que chamuscaba los adverbios, que irradiaba en los adjetivos, que

abrasaba los nombres. Desde la poesía de Miguel Hernández el lenguaje ardía, y esas llamas lamían mi angustia y le otorgaban una subterránea crepitación.

*

Las modas son antojadizas y hoy parece que el antojo pasa por el desdén o el olvido de la poesía de Miguel Hernández. Allá cada cual. Hernández, con su fervor por el Siglo de Oro y por el *Cancionero* (el propio *Cancionero* de Hernández, junto con algunas páginas de Federico García Lorca, agrandó nuestro estupor ante el *Cancionero Anónimo Español*), me entregaba en su obra no solamente un tono de voz en donde la energía disputa con la sabiduría, en donde la delicadeza a menudo parece sanguinaria, en donde el impudor puede ser exquisito y en donde la belleza es desgarrada; me entregaba también (en una época en que yo comenzaba a dudar entre dedicarle la vida a la poesía o entregársela a la guitarra flamenca) un borbotón de música desde sus rimas esculpidas en el aire y con tierra y desde el ritmo perfecto de sus acentuaciones: en algunas de sus composiciones la expresión poética y el misterio de la música se confunden mutuamente, se fortalecen: «Por desplumar arcángeles glaciales / la nevada lilial de esbeltos dientes / es condenada al llanto de las fuentes / y al desconsuelo de los manantiales»: ¿quién ha narrado con más turbadora elegancia verbal y con mejor vaivén melódico el sonido de una nevada? (Unas líneas profesoraes, escritas por un poeta a quien se le derrama

la vanidad, aseguran que ese cuarteto no es espléndido). Cuando leí ese cuarteto espléndido supe que no quería ser profesor de nada ni de nadie; era mucho más ambicioso: quería ser aprendiz de artista. Esto es: yo ya no pretendía *saber* mediante la lectura o la redacción de poesía: demasiado bien sabía ya entonces que lo que en verdad necesitamos saber no lo sabremos nunca: lo que yo pretendía era untarme la poesía en toda la extensión de mi vida para que cuanto en mi vida había de irreparable sufriese el sobresalto del consuelo; untarme la poesía en mi vida para que la fealdad esencial con que la perversidad de la finitud ofendía a la especie y a mí se desdentase, siquiera por el tiempo enigmático de la duración de un poema, contra la resistencia de la piedad y la belleza.

*

En esta recepción que mi ansiedad ofrecía a la piedad y a la belleza como emisarias de un consuelo que distrae —sin lograr conmutarla— a una condena irreparable, apareció, con lágrimas ocultas debajo de su testaruda risa, abanicándose, vestido con esplendor y enjoyado como un visir, un meteoro que se llamaba García Lorca. Sus páginas, sorprendentes, prelógicas, traían en una bandeja dorada al viejo desconsuelo radical, adobado con las especias de la alegría creadora. Sus ráfagas de luz, que decoraban a su emoción en sombra, eran una bengala lírica que transformaba en fiesta la antigua noche del dolor. En el *Romancero gitano* la inconcebible pirotécnica metafórica

ponía vestiduras de domingo a la pena de la marginación. El espanto de los gitanos y su paralela, conmovedora e inútil arrogancia, eran una representación del espanto de todos los humanos y su paralela, conmovedora e inútil arrogancia. Para entonces yo ya estaba fascinado por la tristeza a la vez infinita y violenta de la música de guitarra flamenca: los octosílabos del *Romancero* de Federico departían con las falsetas flamencas en una conversación llena de sobresaltos rebeldes cuyo tema era el sufrimiento. Más adelante, cuando mis conocimientos literarios cuantitativos fuesen más abundantes, yo podría comprender que Federico había encontrado en sus romances una síntesis asombrosa entre el tono tradicional y el tono llamado culto o, para decirlo con palabras del propio artista, entre el romance narrativo y el romance lírico; más adelante yo escribiría que García Lorca «con esa doble y complementaria disposición del artista de genio (conocimiento y respeto profundos hacia los logros de la tradición, y esa libertaria desobediencia que nace en el júbilo creador y en la angustia creadora, junto con la destreza para reunir el respeto y la libertad en una síntesis armoniosa, esto es, en una nueva y viva forma), inventó un sonido nuevo en el viejo romance. Federico había escuchado con una atención de minero el sonido de los romances populares y el sonido de los romances a que llamamos cultos, y, fundiendo ambas gamas de sonidos y ritmos (y, desde luego, añadiendo en la mezcla su personalidad a la vez inquieta y unánime, junto con su piedad por los seres más literarios de la España contemporánea:

los gitanos), el poeta obtuvo una recién nacida criatura: las páginas del *Romancero gitano*. Palpita en ese libro un tono de voz que no había existido jamás. Ahora nos son ya familiares la originalidad metafórica, el esplendor rítmico, la joyería de imágenes del *Romancero gitano*. Las sorpresas que nos llegan desde ese libro forman ya parte de nuestra tradición y de nuestra lujuria de escritores. Pero jamás olvidaremos que, a su aparición, ese libro significó una aportación resplandeciente a la aventura del genio del idioma español». Releo estas líneas escritas muchos años después de mi asombro inicial y comprendo que el paso de estos años tal vez me ha hecho más «culto» —o sólo más teórico—, pero de ningún modo más capaz de olfatear las emanaciones esenciales de la poesía: fue entonces, en mi primera lectura de los romances de García Lorca, cuando supe, con esa exactitud que otorgan la inocencia, el escozor y el deslumbramiento, que los protagonistas de toda esa belleza de los romances súbitos de García Lorca son la marginación y la fatalidad: fue entonces cuando supe que en todo artista habita —y a menudo canta: algo parecido al flamenco— un gitano: un forajido, atemorizado y desdeñoso, lleno de horror y resistencia, al borde de la catástrofe y agrietado por el orgullo; en fin, una criatura a cuyo corazón se lo disputan el espanto y la altanería. Leí a García Lorca como quien vigila el sismógrafo de las emociones que en un instante dado van a resquebrajar la tierra y a dar paso al fuego geológico. Primero de manos de mi padre, quien me entregó el por entonces clandestino *Romancero gitano*, y

muy poco después de manos de Francisco García Pavón, quien desde su doble autoridad de escritor que tenía la costumbre de lamer las palabras españolas antes de extenderlas sobre la página, y de director de la Biblioteca Municipal de Tomelloso, me entregó una tarde de sábado la primera edición en Aguilar de las *Obras completas* de García Lorca; me sumergí en la turbulencia de una obra poética de la que, entre otras lecciones, extraje una lección que tal vez únicamente nos proporciona Federico: un artista, sin disipar la riqueza de su aire propio, a lo que llamamos estilo, les puede conceder a cada uno de sus libros su libertad particular. Los libros de Federico no son iguales entre sí, y tal vez ni siquiera complementarios: todos son autosuficientes y, al reunirse, son una multitud de tonos de voz, de formas, de ritmos y de cromatismos que han hecho de él uno de los poetas más artistas de toda la historia de la fuerza creadora. Parece increíble que una sola criatura poética haya podido inventar una nueva forma del romance, escribir una de las obras más desgarradoras y perfectas de la poesía elegíaca, agregarle algunas estructuras nuevas al prodigio formal del *Cancionero Anónimo*, componer el libro más contundente de cuantos ha provocado la imaginería libertaria del surrealismo (*Poeta en Nueva York* es también otro tono de voz en la poesía de Federico y en toda la poesía española), y depositar en el escaparate de los mejores sonetos amorosos del mundo algunas páginas dolientes, escocidas, lejanas... Sospecho que toda esa riqueza no se origina únicamente en la sabiduría de la inocencia y en la

opulencia de la inspiración y el trabajo disciplinado, y ni siquiera en la angustia y el júbilo propiedad de las almas creadoras, sino también y sobre todo en el desasosiego del espanto, en el jadeo del terror. Federico es un aterrado. Su obra, en consecuencia, no es sólo un instante asombroso de nuestra tradición poética, sino también una sinfonía de aullidos que documentan el miedo de la tribu en la puerta de la caverna o arracimada alrededor de la hoguera sagrada. Allí, junto a esa hoguera, amenazada por todas las sombras de la noche y por la codicia y la crueldad de todas las tribus enemigas, unas cuantas criaturas semidesnudas alargan las manos hacia las llamas deseando recibir un poco de calor para el cuerpo y unas briznas de calma para la conciencia ofendida por el temor a la vida sanguinaria y el temor a la muerte; ambos sucesos catastróficos, la vida sanguinaria y la finitud, son absolutamente indescifrables; los miembros de la tribu lo saben y ese conocimiento harapiento les unta todo el cuerpo con unguento de frío; ateridos, los miembros de la tribu acercan las manos a la hoguera. Dos de esas manos son las mías.

*

Tengo diecisiete años –tengo miles de años de miedo deambulando por entre el vasto secreto de mis neuronas– y trato de buscar calor. Estoy aterrado para siempre: necesito buscar serenidad. Aunque sea en pequeñas cucharaditas, como se ingieren las medicinas líquidas,

necesito serenidad. ¿Es por eso –también– por lo que nunca me separo ni demasiados metros ni demasiados días de la poesía de Antonio Machado? ¿Es –también– esa claridad paternal, afelpada, con que nos mira serenamente don Antonio, lo que me hace sentir que esa obra poética está ayudándome a vivir, puesto que, con sigilo, está ayudándome a aprender a morir? Recibí también otras lecciones de Machado, como cualquier lector de poesía; otras lecciones útiles para el oficio de escribir; no voy a enumerarlas: decenas de libros de investigación literaria las han establecido. Lo que aquí me interesa es insistir en esto: las obras de Machado, desde mi adolescencia y hasta el día de hoy, me ayudan a vivir porque me ayudan a aprender a morir. He escrito varias veces que Machado compuso una epopeya de la misericordia. Por cierto: quizá no exista un solo gran artista –o sería la excepción en todo caso– que no haya resistido el paso criminal de los años o el aún más asesino de los siglos, precisamente porque ha sido la compasión el esqueleto de su fuerza poética. Pero en Machado no es que exista piedad, sino que es con la piedad con la que todo lo mira, lo comprende, lo absuelve... o lo acepta y lo sufre. Cualquier artista duradero ha hecho de la piedad un profundo instrumento de trabajo. Pero en Machado la piedad no es un útil: es una épica. Se aproximan a él, y no lo sobrepasan, gentes como Cervantes o Dostoiewski, y Vallejo tal vez lo iguala: de ahí hacia abajo, en nadie es tan oceánico, y tan discreto y pudoroso, el oleaje de la misericordia. Todo es para Machado merecedor de compasión: las «buenas gentes

que viven, laboran, pasan y sueñan, y en un día como tantos descansan bajo la tierra», la pesadumbre de las plazas calladas bajo el imperio del anochecer, el viejo tronco casi muerto del que brota el efímero milagro de una rama florida, la juventud perdida, las antiguas fotografías cuyo color camina atónito hacia el amarillo y el sepia en el fondo de los baúles, los corazones que se liberan del amor y que se sienten muertos, los «librotes» de filosofía que todo lo enseñan y que no logran consolar, el pasado cohibido por los años y erosionado por el vendaval del olvido, la yedra polvorienta, los pobres españoles injuriados por la Historia perversa y una guerra cainita, la maltrecha guitarra del mesón, la cara mágica de su propio padre hacía tiempo enterrado...: la relación puede continuar de forma casi ilimitada: y no omitiría ni siquiera a las moscas. ¡La piedad de Machado! Nadie sabrá jamás a cuántos adolescentes y a cuántos adultos callados y desamparados ha salvado la vida. Cuando quedan grabadas en el fondo de la conciencia las palabras «Hoy es siempre todavía», aniquilarse es en verdad un poco más difícil. Cuando uno tiene incorporada a su mitología emocional la reflexión «En mi soledad / he visto cosas muy claras / que no son verdad», la soledad es entonces menos depredadora, la «claridad» de las ideas y de las emociones autodestructivas pierde siquiera un poco de su certidumbre temible: y es entonces cuando la serenidad pide permiso para entrar en nuestro corazón. Logramos consentir que entre, o no nos es posible consentirlo, pero ella llama, con prudencia, con pulcritud, o deja de llamar y se sienta a

esperar al otro lado de la puerta de nuestro estrago. Si no hemos conseguido consentirnos que la serenidad entre a hacernos compañía, nuestros estragos continúan destruyéndonos, pero sabemos que la serenidad, que la humildad —esa misteriosa manera del coraje—, que, en fin, la poética impar de don Antonio están ahí, tras el tabique, confundiendo la horrible y acaso mentirosa claridad de todas nuestras oscuridades, poniendo algo de sombra en esa claridad homicida y, en fin, depositando sobre nuestras tinieblas un poco de claridad humilde que, esta sí, nos servirá para vivir. ¿Mas no dije también que Machado está ayudándonos a morir? No hay contradicción: la piedad de Machado nos arrima esa forma del coraje a que llamamos humildad, y sólo ese coraje nos sirve de verdad para morir: quiero decir, para morir de viejos. Quiero decir que, sin compasión, vivir es completamente intolerable. Con piedad, la muerte no es, por cierto, menos triste, pero sí menos imperial e imperiosa. Y ahí se inaugura una cierta paciencia sigilosa —que en realidad comparten casi todos los seres vivos, y desde luego los ancianos—, con la que hoy es un poco siempre todavía, con la que podemos contemplar lentamente a la palabra nunca, a la palabra nada, con la que, en fin, comenzamos a madurar hacia la muerte: que, sospecho, es la única manera de aprender a vivir. Aprendizaje, bien lo sé, que no acaba jamás. Pero tampoco ignoro que es benéfico acometer ese aprendizaje constante teniendo cerca a una lenta criatura genial que nos muestra que casi todo es digno de piedad, que hay una dimensión en el Tiempo que se llama

piedad y que —y esto es igualmente necesario para el oficio de poeta— la más secreta ambición del poema es nombrar compasivamente los fragmentos del gran misterio, del irremisible misterio. La vida y la muerte, entreveradamente misteriosas, no consienten ser explicadas: el misterio es celoso de su niñez; pero la palabra poética (la música también) puede, desde nuestra impenetrable ceguera, nombrar a tientas algunas esquivas del misterio («Debes entrar cuando en la tarde fría / brille un balcón en la desierta plaza»): con lo que, de la mano de las palabras, podemos en algún mago instante visitar la inmortalidad, que es la casa donde el misterio habita, distraer durante el tiempo de un suspiro nuestra herida de criaturas finitas, y regresar después a nuestra finitud con algo de pomada en las pestañas, con la mirada apaciguada por un colirio que nadie sabe elaborar pero que, en el viaje por el alma misteriosa del mundo que de la mano de la palabra poética hemos efectuado, nos ha sido aplicado —dos gotas, una en cada ojo— para que nuestra mirada inconsolable ya no sea siempre un escozor sin fin. «El alma del poeta / se orienta hacia el misterio»: don Antonio Machado nos ayuda a vivir y a morir algo menos desorientados de lo que decretó nuestro destino. Esa es su fuerza. Y es por eso por lo que, en los frenéticos insomnios y en el fondo de las catástrofes psicológicas, leerlo puede despertar en nosotros —siquiera momentáneamente— el arrojamiento de la modestia, la ambición de la serenidad, el alivio de la autoabsolución. ¿O alguien cree que la poesía sirve para obtener el poder, la gloria u otros espejismos triviales?

Sirve para vivir. Incluso para sobrevivir. ¿Por qué escribo «sobrevivir» mientras intento recordar el estado de la conciencia de aquel muchacho que se llamaba como yo y tenía veinte años? ¿No era esa, en contra de lo que con estilo terminantemente francés había dicho Paul Nizan, la mejor edad de la vida? Ciertamente, yo era un privilegiado: tenía veinte años: vivía desafortadamente. Comía, amaba, leía, reía, sufría, escribía desafortadamente. Desconocía la moderación. Incluso la angustia de Chopin, a su paso por mi mente frenética, se convertía en una especie de fiesta de la angustia. Las lágrimas de rabia amorosa eran los emisarios de una ceremonia de la energía. Y el deseo, ese don, el deseo: era mi patrimonio, mi finca, mi cortijo. Yo estaba lleno de deseo y por lo tanto era sagrado y por ello cuanto no fuese celebración era una injuria arrojada contra mi juventud. ¿«Sobrevivir»? Podría gritar: ¡Allí, en aquellos años, no había decadencia ninguna! Puedo gritar, argumentar, razonar... y mentir: miro las fotografías que me hicieron en el colegio, en las que tengo siete u ocho años: aquel niño tiene en la mirada una mezcla de tristeza y de anhelo que ya entonces eran irrestañables: de manera que quizá pudiese asegurar que, hasta donde mi memoria recuerda, siempre fui un sobreviviente. Tal vez nació siendo un sobreviviente. Y marcado, como las reses en el lomo, para ser un sobreviviente.

*

En la calle Concordia, esquina a la calle del Calvario, hay una casa de dos plantas. En la planta alta vive una joven mujer que se llama María. Esa esquina está cerca del ferrocarril. Por el ferrocarril transitan tropas franquistas que van hacia los frentes de Andalucía o que vienen desde el sur hacia la meseta. La aviación republicana bombardea con frecuencia ese ferrocarril, por lo que la esquina de esa casa tiembla de miedo (hace unos días, junto a la puerta de esa casa de la calle Concordia, ha caído muerta por la metralla una muchacha de dieciséis años). Los habitantes de esa ciudad, cuando las sirenas avisan de la proximidad de los bombarderos, corren a ocultarse en los refugios. Entre otros muchos ciudadanos, corre María. Cuando acaban los bombardeos, cada aterrado regresa a su casa. A veces, derramado en alguna calle, se ve el cadáver de alguien que no llegó a tiempo al refugio. Un día, tras el bombardeo, María encuentra el cadáver de un hombre, boca abajo. María está recién casada con un joven que ahora lucha en un frente republicano contra los sublevados. El marido de María está a muchos kilómetros de la ciudad. María se gana la vida trabajando en un hospital de sangre de esa ciudad que alguna vez se llamó Emérita Augusta. Mérida ha sido ocupada poco después de comenzada la Guerra Civil. María ayuda a que sanen las heridas de los soldados enemigos de su marido, o les consuela la agonía, o les baja los párpados sobre los ojos muertos. Pero María no se ha acostumbrado a la muerte. Ahora, cuando ve abandonado en una acera el cadáver de un hombre, María siente el temor de que ese hombre

pueda ser el suyo. Recuerda que su marido se encuentra lejos, en el frente, mientras se inclina para volver la cabeza al cadáver y comprobar que es un desconocido. En el instante en que María, desobedeciendo a la lógica —ese cadáver *no* puede ser el de su hombre—, acerca las dos manos a la cabeza del cadáver para verle la cara, María es una criatura que, siquiera por unos instantes, ha tenido perdida la razón. Ve la cara al desconocido y recupera la razón, y llora: de alivio y de piedad. Durante esos segundos en que María ha estado perturbada, su locura nos dice que esa guerra es un suceso monstruoso, que todas las guerras lo son, y que todo cadáver es una herida irreparable para todos y cada uno de cuantos componemos esta especie miserable y fanática. El desvarío de esa mujer es un alegato. La locura de esos segundos es un estallido moral. María se aleja de ese cadáver, y del reciente bombardeo, camino de su casa, pensando en su marido. Sabe que ha estado a punto de volverse loca. Durante el resto de su vida, sus nervios nunca estarán tranquilos. Muchos años después de ocurrida esa escena, mi madre me la contaría, todavía bajando la voz. Cuando le pregunté si ese día me llevaba en sus brazos o en su vientre, mi madre no pudo recordarlo. Yo no puedo recordar esa escena. Tal vez ni siquiera la vi. Trato de recordarla, y no puedo. Entonces trato de olvidarla, pero tampoco puedo.

*

A veces he pensado que en el cofre de mis riquezas guardo aquel cadáver anónimo al que mi madre, medio loca de miedo, quiso verle la cara. Quiero decir que vivo con la Guerra Civil marcada en el ojo del huracán de mis emociones, como las reses en el lomo. Es algo así como si una leyenda dijera, en letras irregulares de *graffiti*: «Propiedad de la Guerra Civil». Uno se siente a veces como la tapia de un edificio medio derruido por los bombardeos, y en esa tapia la viejísima perversidad de la especie, el viejísimo odio descendiente de un más viejo terror, ha escrito con una brocha untada en sangre: «Propiedad de la Guerra Civil». Cómo odio a la Guerra Civil. A veces compadezco a las víctimas y siento la tentación de compadecer a todos los combatientes que sobrevivieron; pero a veces, de pronto, cómo odio a la Guerra Civil y a esta especie perpleja, imperfecta y abominable —de la que formo parte— que va escribiendo a lo largo de los siglos su historia inútil con la caligrafía de las guerras civiles. Ese fue mi destino, ese miedo, ese odio, esa originaria servidumbre, ese esplendor de la humillación y del resentimiento: ¿o alguien puede creer que uno se hace poeta para halagar con madrigales a las damas y recibir los parabienes de un funcionario del Ministerio de Cultura? ¡Vamos, uno se hace poeta porque la realidad es nauseabunda, y la historia de la realidad es repugnante, y porque el corazón colectivo de la especie llamada humana está podrido por el miedo, la ofuscada codicia, la maldad que se hereda de generación en generación como se hereda una venganza de familia en familia! Uno se hace poeta porque no quiere

por amante a la historia de las humillaciones. Recuerdo un atardecer invernal en mi infancia: mi madre compraba al fiado durante toda la semana y pagaba los sábados, pero muy a menudo no lograba pagar la deuda entera semanal; entonces tenía que suplicar al tendero que le fiara la semana siguiente; aquel atardecer, mi madre no se atrevió a escalar los veinte metros de distancia entre su casa y la obsesiva casa del tendero, y me mandó a mí a comprar al fiado –a comprar de limosna– patatas y sardinas arenques (pan no: el pan de trigo era carísimo, era un ensueño); caminé hasta la tienda con un cesto de anea, regresé con el cesto vacío: el tendero me dijo: «Dile a tu madre que todavía no ha pagao lo de la semana pasá». Regresé a mi casa reventando de humillación, lleno de odio por el tendero, lleno de odio por mi madre, que me había enviado hasta el barranco del fracaso, lleno de odio porque mi madre me reñiría, tal vez me pegaría. Odio a aquella posguerra de un modo meticuloso, milimétrico, artesanal. El hambre que pasé, ni la recuerdo. El miedo de que la policía se llevase a mi padre –ocurrió alguna vez– y la humillación: eso es lo que recuerdo. Pero no es un mero recuerdo: es una concepción del mundo. Lo que no logro discernir es mediante qué enigmáticos mecanismos de la conciencia, de toda aquella humillación y aquel resentimiento fue formándose en alguna etapa inerte de mi infancia un persistente y abominable sentimiento de culpabilidad que, al paso de los años, ha infestado mi vida. Es como una constelación de pecas que van creciendo hasta ocultar el color natural de la piel. Una

lepra de culpa que me aguarda en la alcoba como un silencioso ruido infernal que ahuyenta el sueño con una sorda aplicación de piedras y tambores. Una lepra de culpa que fragmenta la loza de mis alegrías, que agrieta todas mis orzas de felicidad: una felicidad que por esas grietas se derrama hacia la depresión y el desconsuelo. Es una lepra de culpa que aparece de pronto incluso entre los muslos de las mujeres con quienes gozo la gloria del placer y el placer del olvido. Me he pasado la mitad de mi vida almacenando felicidad, identidad y plenitud con la ayuda de las mujeres y viendo a veces, en ese instante majestuoso del cigarrillo que sucede al orgasmo, cómo el reptil de la culpa trepa hacia mí por un costado de la cama. No es de ninguna manera fortuito que la primera amenaza de muerte que recibí en mi vida, enviada por algún nazi inmundo, me llegase tras la publicación de unas páginas contra el holocausto judío. Dicho de otra manera: cuando, hacia mis veinte años de edad, leí por primera vez los libros de Franz Kafka supe que, antes de mi nacimiento, había muerto un hermano mío, checo y judío, que acertó a reunir con las palabras más sigilosas y de apariencia inofensiva —es decir, con palabras clandestinas— una metáfora de la culpa que reventaba desde su corazón y se diseminaba por todas las habitaciones de la Tierra. Leer aquellas páginas tersas, encogidas, razonables, leprosas, fue una oportunidad de poder lamer el escozor de mis entrañas. Nadie había escrito jamás sobre el terror con más coraje ni con más precisión. Nadie había mostrado jamás que la culpa es cósmica, que sobrepasa el

tamaño de una emoción y se petrifica en forma de carácter. Que no es sólo el patrimonio de una memoria personal, sino que es, junto con el deseo, el odio, el afán de poder, el espanto, la codicia y la piedad, una de las palancas que mueven desde siempre al mundo. Entré en los libros de Kafka siendo un adolescente que se afanaba en ser adulto y salí de ellos siendo un adulto obstruido por la maleza de la infancia. Entré en ellos con entusiasmo, salí de ellos con precaución. Abrí el primero de esos libros recitando dos versos de Miguel Hernández («No me conformo, no: me desespero / como si fuera un huracán de lava...») y cerré el último pronunciando unas palabras huracanadas de George Trakl: «Una vieja canción de cuna te da miedo». ¿Una vieja canción de cuna? ¿Qué me cantaron en mi cuna? Siempre me he preguntado cómo sería en su infancia la relación de Kafka con su madre: encargarle a Hermann Kafka todo el agarrotamiento de su hijo Franz siempre me ha parecido una trampa demasiado visible, en la que cayó el mismo Franz Kafka: siempre he pensado que el hecho de que Kafka no entregase a su padre la famosa carta no significó solamente un acto de temor, sino también un acto de justicia y hasta un acto de hastío: la culpa no era ni siquiera una herencia de la diseminada y secularmente perseguida comunidad judía: formaba parte del sistema circulatorio de la diseminada y perseguida especie humana. La culpa era un certificado de derrota del principio del placer, aplastado por la Ley, por el principio de realidad, por la finitud, por el Poder, por la perversidad de la especie endurecida en su

propia congelación. Supe, al leer a Kafka, que el alma de la especie, además de desesperada, desconsolada y amedrentada, está congelada. Creí entonces, inocente de mí, que el maravilloso vapor de la piedad y la furia solar de la sexualidad la descongelaría: yo había leído poco antes al capitán general de la piedad, César Vallejo, y al almirante de la sexualidad, Henry Miller, y creía, candoroso, que la congelación del alma de la especie, hibernada por el miedo y la culpa, podría ceder su frío ante el fuego del cuerpo y las hogueras de la santidad. La piedad de Vallejo, mesiánica y casi violenta, y el espléndido egoísmo carnal de Miller, anarquista y liberador, arrasarían a aquel poeta judío, tan obstinadamente frágil. Hay que huir de la espantosa fuerza del débil, escribió un desdichado Cesare Pavese que se retiró a descansar en el suicidio. ¿Huir? ¿Cómo? Hoy imagino a Kafka mirando esta página por encima de mi hombro, moviendo la cabeza con pesadumbre, con culpabilidad, al comprobar que ni la piedad ni las mujeres me han ayudado a reunir la alegría necesaria para envejecer con serenidad o por lo menos con resignación; el aliento de Franz Kafka emerge por sobre mi hombro, su mirada ojea esta página escrita en el idioma que aprendiera su tío Alfred Löewy, y su memoria reconviene a Max Brod, quien recibiera la súplica de disipar entre las llamas todos los manuscritos de su amigo. Max Brod sabía lo que hacía al desobedecer el encargo autodestructivo de Franz Kafka. Pero Franz Kafka sabía más que Max Brod y más que yo. Yo me limito a releer a Kafka con cierta malsana frecuencia para aprender una vez más

cómo la criatura humana está irremisiblemente condenada sin conseguir jamás saber por qué, cómo la culpa y el Poder son cómplices y cómo la especie entera, incluidos santos, músicos, inocentes y compasivos, cabe en la oscuridad de un crematorio.

*

De manera que había que ir configurando una conducta –o más modestamente: una respuesta– ante la provocación de la realidad, y esa respuesta incluía el compromiso moral y, a la vez, la huida; y fue entonces, hacia los veinte años –aunque sin duda alguna el asunto venía de lejos– cuando asumí ese desgarramiento: tener miedo y dar la cara. Cuarenta años después me asomo con cariño, con un poco de indiferencia y con algo parecido a la envidia a aquel muchacho que se fue desde Tomelloso a Madrid a echar a rodar su destino, y comprendo que aquella elección, tener miedo y dar la cara, fue menos libre de lo que yo me imaginaba: era la única elección que tenía: era una determinación que se había tomado a sí misma, dentro de mí, en mi infancia. Podría decir: dar la cara como mi padre, tener miedo como mi madre... pero acaso no fuera así: tal vez daría la cara para no ser como mi madre y tendría miedo para no ser como mi padre: necesitaba desmitificarlos a ambos, los dos me dañaban, mi padre con una fortaleza a la que yo no podría imitar nunca y mi madre con un sistema emocional apocalíptico, a la vez teatral y suicida, que yo no quería cargar

sobre mi espalda durante el resto de mi vida. Hasta dónde he conseguido liberarme del peso de mis padres, si es que me he liberado, es algo que tendré que dilucidar, si me es posible. Durante treinta años mi psicoanálisis ha consistido en leer cada vez con más disciplina y menos desafuero y en escribir cada vez con más profesionalidad y menos inocencia. ¿No es esto echar leña al fuego del fracaso? Todavía sueño con dar a mi vida un giro, como dice la gente culta, copernicano, y recuperar aquella fiesta de inocencia, aquel vendaval de candor con el que vivía mis emociones y mi furor intelectual: seguí la polémica Sartre-Camus con ansiedad, sabiendo que tenía que optar (íntimamente yo había elegido ya a Camus: el proestalinismo de Sartre me incomodaba, el coraje de *El hombre rebelde* me hizo comprender por primer vez que cuando la revolución se vuelve insensata, la sensatez se vuelve revolucionaria). Leía a Miller y me tonificaba, como si me atracase de vitaminas: era como beber salud en el cuenco admirable del egoísmo, era como comprobar que el principio del placer puede, si no vencerlos, por lo menos burlar a sus congelados enemigos. Yo era apasionadamente permeable, casi diría que ejercía científicamente el oficio de autodidacta, y tragaba mensajes con una intensidad y un candor por los que ahora siento nostalgia. Llegó Rilke, como una ceremonia del silencio, y en él aprendí que el ejercicio de la poesía es no sólo la constante celebración de la asunción de las palabras, sino también una conducta de la soledad, una ética que no condesciende a prescindir del egoísmo. Llegó Pavese, herido de muerte, y

lo compadecí fascinado durante poco tiempo; luego, lo dejé caer, aliviado: su fuerza de gravedad, vertiginosa, no pudo combatir con el festín de Miller; su odio estaba demasiado encubierto: yo prefería la franqueza de Nietzsche y, final por final, prefería la sífilis y la locura a la impotencia y el suicido (treinta y cinco años después, en una semana congresual en Turín, no tuve más que unas horas libres: las gasté comprando unos regalos y haciendo fotos a la fachada del Hotel Roma, donde se suicidó Pavese, y a la fachada de la casa en donde Nietzsche escribió *Ecce Homo* poco antes de echarse a descansar en la demencia). Fui, en fin, una esponja durante algunos años. Aprendía sentido de lo sagrado y disciplina formal en la música de Juan Sebastián Bach, rebeldía en Beethoven, inocencia en la música renacentista, alegría dramática en Mozart, desconsuelo en Chopin. Aprendía desobediencia en Rimbaud y en las manifestaciones antifranquistas; bajaba al desfiladero de las emociones en las historias de Faulkner, en los dramas de Shakespeare y en las tonás, las seguiriyas, los cantes por soleá y los cantes mineros. Aprendía la lección compasiva y doliente del Tiempo en las páginas de Machado y en las pinturas de Antoñito López. Ampliaba mi familia: me acorazaba. (Porque allí, más adentro, más abajo, continuaba sentado en la sillita del colegio, con las manos junto a un libro dispuesto sobre la mesa para la escena fotográfica, y mirando al objetivo de la cámara con un anhelo en el que la inocencia y la desgracia se entreveraban como dos infinitos cuchilleros de Borges). Me acorazaba: ampliaba mi familia. Fui conociendo criaturas

que habían vivido sus estragos y al transformarlos en poesía —o en música— se transformaban en maestros. Conocí a José Hierro: la pena y la fuerza de sus versos, la dignidad y la risa de su vida serían centenares de veces mis espléndidas sesiones de terapia. Conocí a Luis Rosales; la primera frase que le oí pronunciar, con delectación: «La vida es una lágrima testaruda»: por esa frase subí hasta la amistad de una de las almas más grandes de mi país, un alma que ha venido escribiendo una de las obras más majestuosas de la poesía española. Uno tras otro, los años bellísimos como caballos ciegos fueron galopando sobre mi calendario de pared. Viví el amor y la paternidad, la moral civil, los viajes. Recibí premios, reeditaron mis libros, conocí a los mejores artistas de mi tiempo y mi idioma. Como un huracán delicado llegó a mi vida la música de Paco de Lucía y a mi fortuna su amistad. Pero todo esto requiere ya otra historia. Aquí sólo he querido relatar algunas emociones que me condujeron a la literatura durante aquella etapa de mi vida en que, sin entonces saberlo, sólo tenía dos opciones: ser escritor o reventar. Uno tras otro, los años fueron desbaratando el barniz de mi puerta. Un día, en 1988, me nombraron hijo adoptivo de Santiago de Chuco, el pueblo en que nació César Vallejo; ahora sí: aquel chiquillo había triunfado. Pensé que ese nombramiento era mi triunfo y que yo me lo merecía. Mientras volaba a Lima, mientras volaba de Lima a Trujillo, mientras viajaba en un desvencijado y poderoso automóvil desde Trujillo a Santiago de Chuco, por una carretera de herradura, al borde de los inmensos

barrancos de la cordillera andina y entre la infinita tristeza de la puna, recordaba mi vida de escritor. Recordé los cuadernos de poemas que eché al fuego o a la basura sin vacilación ni dolor. Recordé algunas obras que nunca publiqué ni destruí, condenadas en mis carpetas a cadena perpetua. Recordé el primero de mis libros al que autoricé a conversar con mis contemporáneos: se llamaba *Taranto. Homenaje a César Vallejo*. Lo escribí en el verano de 1961 y la primera de sus ediciones vio la luz diez años más tarde. Ahora, camino de Santiago de Chuco, recordaba aquel libro y la vehemencia con que lo escribí. Pensé en César Vallejo, pensé en todos los genios que habían acompañado los estragos de mi medio siglo de vida, miré la puna desolada, pensé de nuevo en el hondo problema que es Vallejo para nosotros, en el hondo problema que es el arte, y me pregunté una vez más, confundido por la perversidad y el gozo de la vida, y conmovido por la grandeza de mi oficio: ¿seremos de nuevo capaces de vivir de limosna? ¿Tendremos el coraje de regresar hacia el lenguaje con la inocencia y la exigencia del mendigo?

*

Nuestro problema ante Vallejo: ¿cuál es ese problema? Todos los poetas que han atravesado en sus obras una línea enigmática tras de la cual se hace evidente ese acontecimiento al que llamamos la genialidad nos plantean alguna clase de problema. Por lo general, y cuando menos, sacuden el adormecimiento de nuestra relación con

el lenguaje. Ante Vallejo, ese sacudimiento es radical. Enfrente del idioma o abrazados a él, los poetas siempre creemos que nos mantenemos alertas. Esa creencia suele ser —como tantas otras creencias— un anestesiamiento. En realidad, hablamos a menudo —escribimos incluso— de memoria, de prestado o de oídas. Casi siempre llevamos colgando de la lengua cierto freno de inercia. A veces el error es aún más grave: buscamos la originalidad. O peor aún: suponemos que la hemos encontrado... cuando quizá no exista nada más tradicional, más ortodoxo, más conformista que el propósito de ser originales. Son formas aparentemente diversas del anestesiamiento. Y es entonces cuando llegan los genios: los leemos, nos enorgullecemos de volver a ser aprendices, nos asombramos de la grandeza del idioma, nos admiramos de la súbita majestad que ellos, los genios, le otorgan al numeroso misterio del idioma. En suma, nos desanestesiarnos. Los grandes poetas nos hacen sospechar una vez más que nuestro oficio de escribir poesía es algo muy distinto a la soberbia de sentirnos satisfechos y relajados, y que en el espacio de esa distinción y esa tensión la facilidad, el buen oído, la originalidad, son asuntos triviales. Los genios nos enseñan que, ante la magia que se contiene en las palabras, lo más lícito es vivir desvelados y escribir con angustia. Todos los genios nos regalan esa lección de angustia. En el fondo, es una moral. Miramos con atención los corredores, los destellos y las penumbras de todos nuestros años de oficio y nuestra historia de lectores, y adivinamos que la lección de angustia más radical que aún

tenemos cierta oportunidad de seguir aprendiendo nos la entrega César Vallejo. Su castellano es un sobresalto sin alivio, un testarudo y casi brutal desanestesiamento. Tocamos sus palabras españolas y notamos que nos queman la mano. Abarcamos con nuestros ojos alguno de sus versos precipitados y escalofriantes y notamos que nos crecen los ojos, de un modo parecido a como crecen en el miedo: se nos abren con ansia, como en legítima defensa. «Murió mi eternidad y estoy velándola»: seísmos verbales como este no habían sonado nunca en el terremoto del genio del idioma. El poeta Cintio Vitier ha acertado a escribir que un buen verso, un verso que merezca ese nombre, es «una calidad súbita del mundo». Algo que no existía en el Universo súbitamente existe, súbitamente y con candor sucede, y se queda a habitar para siempre en el mundo, agrandándolo. A ese milagro le solemos llamar revelación. La poesía de Vallejo está plagada de revelaciones. Uso a conciencia la palabra *plaga*: esos versos caen como una plaga de langosta sobre nuestras modosas, originales, satisfechas cosechas expresivas. Algunos versos de Vallejo (a menudo poemas enteros) granizan sobre nuestras plantas de uva, sobre nuestras lindas matas de flores y sobre nuestros naranjales olorosos, y pura y sencillamente los arrasan. Esa pureza, esa sencillez, esa inocencia en cierto modo demoníaca, nos resultan devastadoras. Nos hacen comprender que nos pasamos la vida distraídos; que escribimos, casi siempre, aletargados por la costumbre de la satisfacción, la originalidad, el anestesiamento. Nos hacen sospechar que la originalidad verdadera, la

originalidad radical, es hija de la angustia, es hermana de la inocencia, cómplice del candor. ¿Tenemos, pues, que regresar? ¿A dónde? Tal vez a la severidad de la mirada originaria, esa mirada que tuvimos un día y que la inercia, el éxito, la vanidad y otras maneras de la disminución fueron cargando de presbicia. Hemos ido dejando de ser candorosos y todo ese montón de dejadez amenaza con convertirnos en poetas con la vista cansada. Es un error escandaloso, pues la mirada de un poeta debiera ser infatigable, inocente y severa. Los genios nos lo prueban. Vallejo, de manera perturbadora y radical. En la revelación poética del idioma español, la inocencia y la severidad de Vallejo son únicas. Ha sido escrito que Vallejo es el más severo monasterio verbal levantado en las tierras americanas. Esa palabra, monasterio, nos reconduce al espacio de la inocencia: lo sagrado. En la poesía de Vallejo, el alivio –y el espanto– de lo sagrado frecuentemente nos asaltan juntos, en una especie de dentellada de cariño, de arañazo de amor: «Amado sea el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas». ¿Hemos visto de verdad ese verso? ¿Lo hemos *oído* verdaderamente? ¿Lo hemos tocado de verdad? Abrasa. Ese verso calcina. Ese verso, de una claridad que es a un tiempo revelatoria e indescifrable, que está lleno a la vez de evidencia y de enigma, de angustia y de consuelo, calcina: por de pronto, calcina al anestesiamiento que suele segregar nuestra inteligencia pequeña y adulta de poetas distraídos, originales, incandorosos y desinocentados. La inteligencia poética de Vallejo es ahí distinta, es violentamente real. Y este es nuestro

problema, el severo problema que a nosotros, los poetas, nos plantea la poesía de Vallejo: que, apretado con el lenguaje, llenos ambos de compasión —el lenguaje y Vallejo—, llenos ambos de angustia y de inocencia, nos dan una limosna: y a la vez nos la piden. Y es entonces, en ese instante, cuando nosotros hemos de preguntarnos: ¿seremos de nuevo capaces de vivir de limosna? ¿Tendremos el coraje de regresar hacia el lenguaje con la inocencia y la exigencia del mendigo?

La Antilla, 1989

SELECCIÓN DE POEMAS

EL OJO ENORME DE TU SEPULTURA

Salud, oh creadores de la profundidad!

CÉSAR VALLEJO

César
desde que tu espinazo cayó famosamente
lejano de tahona estuosa según supimos que
orfandaste la rebanada de candeal que ni te fue centeno
con cuanto te dejaron morir treinta años más
y ahora desde entonces qué estruendo de silencio
aunque ya no te pegamos con un palo
ni tampoco también con una sogá
y si tuviéramos un húmero tuyo plantado en la maceta
regaríamos su tuétano con savia de una hogaza
todas migas estuosas
hasta que nos cesara la honda sangría de la ventana
que aún, para despedirte, escrutara con dentera
de monte en monte, por si tú lo querrías.

Cholo internacional moriste tanto
que no sé si hablo a ti o al mundo de los muertos
que ahora no sé si fuiste uno o dos o tres
si muerto César y a la vez Vallejo
no me sería preciso pedir dedos prestados
para contarte diez a diez tu caída hacia sin fondo.

Porque uno debería desatinar,
roerse un rodilla contra el cielo de la boca,
hacerse caldo de campana hirviendo,

sajarse el cúbito y el radio con que escribe
y con que envía la mano a saludar
para injertarles infortunio y barba,
izarse un parietal en un sarmiento,
velarse a gritos la costra de la infancia adolescente
y con ya calvas, no cejar,
fruncirse de estupor bajo el diafragma,
cojear, clamorear el resuello, toser uñas
para expulsar después este responso:
llueve en parís y llueve
un poco de silencio y de parís por el resto del mundo.

Cuánta mamá faltó en tus alacenas,
cuántas canas se acomodaron en el forro de tus bolsillos,
cuánto hospital llevabas en un pie, en una mano,
cuánto te despertabas al despertar y cuánto
insomnio añejo te colgaba de un párpado hasta el suelo,
qué grado el de tu vino de derrota,
cuánto ofendió a tu bazo el siglo veinte
y qué plural te estuvo la desgracia, di, que ahora
para abrazarte la memoria nos faltan tantos codos.

Indio lacio, los seres
continúan odiando, el odio abdica en odio,
el rencor se confiesa con los grajos,
el desprecio se agrieta y exhala un vaho de maldición,
los erizados cuervos roen contiendas (¿acaso
tú tienes pesadillas mientras mueres?)
y a los libros de amor y de dolor

les brota emocionante y melancólico
el ojo enorme de tu sepultura,
y hasta que tú presidas los muros de las barberías
y los pezones de las catedrales amamanten tus flores
sigue muriendo ay sigue muriendo
oh vino que enviudó de esta botella
oh corazón con cálida lengua bovina
oh corazón con pueblo y con ojeras
oh corazón inmenso como un cántaro inmenso
lleno de agua valleja y estuosa!

(de *Taranto*)

GUADARRAMA

Sentarse aquí, esta hora
de la tarde que abdica.

Sentir que la distancia se incorpora
dentro de la conciencia y ahí repica
a eternidad.

Mirar.

Cumplir hoy ese oficio tan profundo:
mirar, mirar el mundo,
pensarlo, amarlo, amar, pensar, amar.

Ver la colina; verla bien.

El monte,
el camino, la tierra, la retama:
verlo... Ver la lección del horizonte:
su sonrisa de llama.

¿Qué hace brillar la tarde? ¿el viejo pulso
del tiempo? ¿la hora de oro? ¿la amistad apasionada
de la luz y los olmos? ¿el impulso
casi de tierra ya de la mirada?

Sentir el fondo de la edad; la lumbre
del ser junto al no ser.

Ver la pasión severa de la cumbre.
Emocionarse, sí: mirar y ver.

Emocionarse ante esto que es tan breve
y que tanto se ama.

Recordar al maestro aquí, frente a la nieve
serena del sereno Guadarrama.

(de Las piedras)

MADRIGAL

Palabra, dulce y triste persona pequeñita,
dulce y triste querida vieja, yo te acaricio,
anciano como tú, con la lengua marchita,
y con vejez y amor aprieto nuestro vicio.

Palabra, me acompañas, me das la mano, eres
maroma en la cintura cada vez que me hundo;
cuando te llamo veo que vienes, que me quieres,
que intentas construirme un mundo en este mundo.

Hormiguita, me sirvo de ti para vivir;
sin ti, mi vida ya no sé lo que sería,
algo como un sonido que no se puede oír
o una caja de fósforos requemada y vacía.

Eres una cerilla para mí, como esa
que enciendo por la noche y con la luz que vierte
alcanzo a ir a la cama viendo un poco, como ésa;
sin ti, sería tan duro llegar hasta la muerte.

Pero te tengo, y cruzo contigo el dormitorio
desde la puerta niña hasta la cama anciana;
y, así, tiene algo de palpito mi lento velatorio
y mi noche algo tiene de tarde y de mañana.

Gracias sean para ti, gracias sean, mi hormiga,
ahora que a la mitad de la alcoba va el río.

Después, el mar; tú y yo ahogando la fatiga,
alcanzando abrazados la fama del vacío.

(de *Las piedras*)

BARRIO DE EUROPA

Acabo de ordeñar dos o tres cigarrillos
descendiendo por las cloacas de mi tristeza.
El siglo veinte me golpeaba como a un gong.
Mi cráneo acabará resonando a chatarra.

Se envejece muy rápido en Europa. Los barrios
se abalanzan en mezcla de buitres y de mendigos,
recitan casa a casa su quebranto, te ponen
en la nariz sus canas, hurgan tu corazón.

Lógico es morder el pezón de la infancia,
cuando cuidé las cabras sucintas de mi abuelo;
oler un poco a recuerdo de establo, ¿reposa
de este ejercicio tórrido de fumar en silencio?

Huyendo de mi propio terror he tomado
mujeres, trenes, vino; llegué a desear
el invento de un beso ecuménico, o bien
hallar unas palabras horribles de piedad.

Entre segregación, amenaza y desprecio,
dentro del mastodonte informe de mi siglo,
escucho balidos de remota niñez, y oigo
chirriar de camas –dos amadísimos oasis.

Mas no puedo volver ni puedo prometer.
La pira se hunde en el tiempo; el amor

en el miedo. Se arrima a mí la vejez prematura
y una desolación de música enfriándose.

(de *Música amenazada*)

OSCURO

En la alta madrugada
se diría que despiertas para siempre.
Sales del sueño como si salieras
de una placenta pobre, enferma. Emerges
de entre miseria y sangre;
de entre heridas emerges.
Y quedas como un niño mal parido
con canas en sus sienes.

En la alta madrugada
con premura de vómito te viertes
hacia un insomnio desamordazado
que en silencio te muerde.

Despiertas de tal modo
que te clavas el mundo sobre el vientre.
Hundes los ojos en la oscuridad
y abrumado te mueves
tratando de saber si es que has soñado
algo terrible y misterioso o si es que
retrocediendo desde tu futuro
algo terrible y misterioso viene.

En la alta madrugada
despiertas de un disparo y te parece
que te han abandonado hace ya años
todos los que te quieren:

toda la soledad de un golpe sorbes
y te vuelves anciano de repente.
Como si el esqueleto entero fuera
colgando de tu frente.

(de *Música amenazada*)

COMO UNA INUNDACIÓN

Hoy buscarás en vano...

ANTONIO MACHADO

*Hoy buscarás en vano
a tu dolor consuelo.*

(De pronto has recordado
aquellos magos versos
y adviertes que han venido como llega un desastre;
excavando en el pecho,
excavando en el alma
para acostarse sobre el agujero.)

*Hoy buscarás en vano
a tu dolor consuelo.*

(Palabras que se acercan a tus calamidades
y con piedad sombría las cubren de silencio;
palabras que te cantan una nana muy quieta,
palabras que te suben el embozo hasta el cuello;
palabras que te invitan a dormir las dos sienes
y mamar, como un niño, de la teta del sueño.)

*Hoy buscarás en vano
a tu dolor consuelo.*

(Te ha rodeado la vida,
o la muerte, o el tiempo

como una inundación o como un terremoto,
como una asfixia vasta o como un vasto ejército,
como una oscura cárcel,
como un oscuro invierno;
y estás inerme, estás perdido, estás sumado;
encanecido; viejo.)

*Hoy buscarás en vano
a tu dolor consuelo.*

(Te queda la vergüenza de saber que te quieren,
que algunos seres raros, fraternales y tercos
miran tu calavera con ilusión y alarma;
te miran a los ojos con paciencia y con miedo.
Miran a tu vivir como mira un disparo.
—Te hiere ya el amor como te hiere el tiempo—.

Pero estás rodeado de anochecer y nieve,
todos tus poros sorben el frío del Universo,
ya el labio inferior tienes sumergido en la nada,
ya el olvido se acerca descomunal y lento
como una densa niebla
o un megaterio ciego.)

*Hoy buscarás en vano
a tu dolor consuelo.*

(Nada les das a quienes te miran sin pedirte,
nada les puedes dar más que vejez y sueño.

Hoy buscarás en vano consuelo a tu dolor
y a tu vergüenza. Hoy tienes cerrado ya el silencio,
con una suave angustia deambulando por fuera,
con una angustia horrible deambulando por dentro.)

(de *Música amenazada*)

OBERTURA

Has sido aquí infeliz y alguna vez dichoso.
Muchos años son ya recorriendo estas calles.
Como un verdín, tu historia se sumerge en los muros:
junto a ellos has amado y vomitado y muerto.

Derramaste tu insomnio como ardiendo o borracho
en las plazas vacías, clementes, silenciosas.
¿De qué huías errabundo por la ciudad? ¿Qué buscas
errabundo hoy, entre la suma de tus fugas?

Estos ancianos edificios, estas aceras
preservan tu fantasma. Las gentes se retiran,
la oscuridad adormece a las calles, y quedas
solo, entre vagas luces, solo entre vagos años.

Desesperado y lentamente, con emoción
caminas en la noche llena de levadura.
Se diría que escuchas un órgano: es el mundo
y el tiempo, y un sonido de ilusión y orfandad.

(de *Música amenazada*)

CIRCO POBRE

A Enrique Gran

Subí por la escalera miserable
como por un montón de escombros de destino;
asir el pasamanos deshilachado
era como auscultar un viejo rostro
en donde los años se enfrían.
Arriba, en la azotea en que el bloque,
derregado, concluye,
el estudio callado de Gran emerge solitario
—pensé que, al caer la noche,
la nieve o la luna resbalan por sus muros
como un anonimato centenario
o una mano de espacio misteriosa y bovina.

Cohibido en su energía, óseo,
el artista me muestra los desgarrones de su realidad,
las costuras de su esperanza.
Ve manchas geológicas, madejas metálicas de líneas,
rojos mate como rastros de una sangre apesadumbrada.
Entre el aparato de radio y el caballete oscuro,
aneas, flores marchitas, alambre y un fragmento de la pared
componen un altar palpitante
en homenaje de una suicida mejicana.

Regreso a su trabajo. Metáforas
de una vasta catástrofe acuciada de compasión;
los colores se abrazan desvalidos

entre arañazos de necesidad. Ahora
me habla de su emoción ante César Vallejo,
y como alucinado con sordina, alza los brazos recitando
aquel sillón de dinástico cuero.

Vietnam, dice. El vocablo
se le despega de la boca como un parche poroso.
Miro su rostro, innumerable
de admiración: ahora se adhiere
hacia la oreja de Van Gogh, se agita.
Gran busca lienzos con el cráneo y las manos,
y así compruebo gota a gota hasta donde la realidad,
el miedo, la ilusión y sus obras son tan inseparables
como los goznes y la puerta. El pintor,
acosado por su jauría de proyectos tumultuosos,
sonríe, explica, va y viene –ah, cómo lo fatiga,
cómo lo fatiga la nada.

Vi allí emoción y espanto, como en un circo pobre.
Vi tensa libertad y vaho ecuménico.
Vi al realismo su calavera, en cuyas ambas cuencas
oscilaban dos amarillos lagrimones
semejantes a dos bíceps temblando.
Vi un artista y su costra internacional
empomada de piedad milenaria.

Eso fue lo que vi en el estudio estricto
situado en el final de la casa desfallecida.

(de *Música amenazada*)

EL PRINCIPIO DE REALIDAD

Entre ruinas, entre periódicos sangrientos
se vienen consumando tu muñón y tu ultraje;
infames educados, chaquets llenos de lobo
amenazan a tu conciencia, te martirizan.

Tú venías con una partitura, traías
el pedal de un piano junto a un vaso
para beber el zumo de la amistad –tu sed
pudo haber hecho algún bien en el barrio.

Y te esperaban en la trinchera, vigilaban
tu alma con un espejo retrovisor, caíste
en un espeso charco rojo en donde
kilómetros de venas se habían vaciado aullando.

El charco estaba a la entrada del teatro;
del escenario, lleno de mapas y altavoces,
fluía una voz monótona que hacía promesas: himnos
y porras y papeles, en contrapunto, persuadían.

Lo que has visto ha tornado inflamable a tu idea;
vas a hablar y te aflora por la boca una llama
que solloza tambaleándose entre saliva;
te sueñas como incendio o dragón decadente.

Aquí dan de beber gasolina. En los parques
hay locos incubando crímenes laboriosos.

Vivir parece el epicentro de la desgracia.
Y hace ya veinte años se desmanda el brasero.

El brasero mundial que marea y atufa
antes de reducir a cenizas la vida.
Cada persona es un sobreviviente. Los niños
son desastres subdesarrollados. Hija mía.

Hubo un tiempo en el cual temías volverte loco:
eras feliz, te daba poco miedo la vida,
o bien te daba poco miedo el horror: te hallabas
algo más lejos que hoy de tu cero abrasado.

Venías con alpargatas para andar entre amigos
y viste las aceras asaetadas de esputos
de todos los que duermen fumando. El ocaso
trae un tambor. Amanece con cicatrices.

Contiene más carcoma que madera este baúl.
Ya no quieren los pájaros detenerse en los hilos
del telégrafo: se lastiman con las premoniciones
con que los países, enojados, demoran la barbarie.

Ahora esperas la bala o la hoguera mitológica
o el timbrazo furioso en la puerta, o la locura,
la locura entrañable, dulce, amada mía.
Tú, que venías con una partitura de amor.

(de *Música amenazada*)

LA GUARIDA

A José María Guelbenzu

El empujado viene por la calle;
viene asustado, descompuesto, viene
con angustia y sin norte, pensativo;
trae infinitas ganas de dormir.

Sube las escaleras, entra en casa,
el empujado busca el lecho y se extiende;
se agita solitario; es inútil:
también lo fatiga el reposo.

Se levanta, recorre fantasmal el pasillo;
otea sus adormecidas posesiones:
cartas, libros, el vago temblor de su pasado
y su presente, aún ambos sin soldar,
y la sabiduría escrita de unos hombres
que se pudren ha siglos, germinando
en las frentes de un resumen amenazado.

Mira a su hija. Vuelve el rostro
a la pared, herido de piedad.
Enciende un cigarrillo.
Pone en el tocadiscos a Beethoven
y se desploma en un sillón; piensa
mientras escucha tanta magia
que con su acto reduce esa grandeza
a simple y triste de escozor consuelo.

Es joven, por llamarle de algún modo
a su edad misteriosa, extraña. El empujado
hace tiempo que cede al cerco
llamándose cobarde, amando la existencia
desesperada y lentamente, hecho pedazos,
encaneciendo, rascándose la costra de una culpa
que aún no ha admitido... Hoy viene
mojado del diluvio ardiente de la prensa diaria,
y oye la música del genio
entre una atroz neurosis
y la violenta lucidez del miedo. Mira
otra vez a su hija, el espejo, sus manos,
mas no sabe llorar, ni quiere: es el orgullo
de una útil impudicia que hace tiempo olvidó.

El empujado, frente a su ventana,
se revuelve en su asiento
viendo el fundido de la tarde en sombra
y apurando su cigarrillo.

(de *Música amenazada*)

LA MÚSICA ÚLTIMA

Se moría de una vez naufragando en redondo
entre cuatro paredes y unas gotas de música:
escuchaba el sonido con tan grande avaricia
que creía morir despacio, desde lejos.

Quería lamer la música, el son de su existencia
chocando años y años por las peñas del mundo;
quería lamer el dulce estrépito de aquella
vida, que le agredía alejándose en círculos.

Pensar, sufrir y amar eran un mismo espasmo.
Vio rostros: de personas, de ciudades, de ideas.
Atolondrado, quiso perdonar —¿perdonar?—.
... Se apagaba, escuchando la música famélica.

Se le reunían todas sus alucinaciones
en una melodía inexperta y gravísima.
Se le formaba el feto de su cero en el alma,
un cero melancólico, como un brocal sin sombra.

Él, su vida, su historia, su edad, su estilo, todo
devenía cero; era el fino cataclismo,
la gran caries. Y oía unas gotas de música
maravillosa y torpe, anónima y genial.

Se oía nacer, oía las canciones de boda
de sus antepasados remotos, el chirrido

de las camas abuelas, bisabuelas, fundiéndose
en la pasión frenética de la continuidad.

Cerrábanse las puertas, tragaluces, ventanas;
los precintos lo hacían cada vez más recluso;
pronto sería el recluso completo e infinito;
la cárcel increíble se cerraba sobre él.

Lamía y lamía aquella música de los astros,
de la tierra y los siglos, de su barrio y su vida,
de su alcoba y su adiós. Se moría lamiendo
la música que sobre su calavera goteaba.

(de *Música amenazada*)

RECUERDO DE INFANCIA

Hoy el periódico traía sangre igual que de costumbre
venía chorreando como la tráquea de un ternero sacrificado
he visto chotos cabras vacas durante su degüello
bajo el agujero del cuello una orza se va llenando de sangre
los animales se contraen en sacudidas cada vez más nimias
de pronto ya no respiran por la nariz ni por la boca
sino por la abertura que la navaja hizo en la tráquea
en la cual aparecen burbujas a cada nueva respiración
a menudo parece que están completamente muertos
y no obstante aún se agitan una o dos veces suavemente
ahora sus ojos ya no miran tienen como una niebla
un teloncillo de color indeterminado que recuerda al ceniza
entonces el carnicero se incorpora con las manos manchadas
y procede a desollar y trocear al animal cadáver
para después pesarlo venderlo en porciones hacer su negocio

hoy el periódico traía sangre lo mismo que otros días
acaso unos cuantos estertores más que de hábito
pero cómo saberlo hay países que no especifican
por ejemplo el departamento de estado no da las cifras de sus bajas
únicamente les agrega apellidos
bajas insignificantes bajas ligeras bajas moderadas

hoy el periódico traía sangre en volumen considerable
y mientras leo pacientemente civilizadamente el intento
de justificación de esos destrozos escrito de sutil manera
recuerdo vacas cabras chotos la gran orza en el suelo

y recuerdo imagino pienso que unos cuantos carniceros
continúan desollando troceando pesando en sus básculas
haciendo su negocio mediante esos pobres animales sacrificados.

(de *Blanco spirituals*)

EL ESPÍA

*Soy el efímero y no muy descontento ciudadano
de una metrópolis que se cree moderna...*

RIMBAUD

Como un hilo de música como un saludo con silenciador
hoy emerge el recuerdo de un durmiente barbudo abominable
cuya miseria producía tal asco que pensé ni siquiera dostoyevski
hubiera acometido la empresa de soportar su presencia hedionda
yo paseaba con nicole que me hablaba de harlem new york usa
asistí a una manifestación pro derechos civiles tuve miedo
y cómo no criatura afortunada explícamelo con detalles
estaban acordonadas las bocas del metro
cuéntamelo me tienes profusamente interesado yo soy moderno
tú eres moderna yo soy moderno tú eres moderna aleluya o. k.
ah sí nicole somos modernos somos o. k. di o. k. nicole
eran las cuatro de la madrugada habíamos visto el mercado central
vimos la espalda poderosa de los cargadores nocturnos
un borracho insignificante y primorosamente gentil
quiso ligar con nicole en el cafetín pintoresco
mientras en la radiogramola yo buscaba un disco de la piaf o. k.
montmartre hervía de sweters negros y de pinturas convencionales
el sena estaba invadido de ratas escucha me he enterado
de que vuestro gobierno está importando gatos en europa
qué me dices pero que qué me dices que sí nicole lo siento
mil ratas cien mil ratas laberínticas nómadas
entrecruzadas un ejército de ratas con su hocico avizor
uno de aquellos hocicos rondando a un hombre que dormía
o. k. dormía roncaba resoplaba toda su ropa era de otros

su sueño acaso conseguido con uno de esos vinos repugnantes
a que tienen acceso los enfermos sin hospital
los ladrones sin astucia los maleducados escorias
cambiamos la película usted puede viajar en la iberia
con garantías emocionantes consulte programas de mano
los serviciales aviones abarrotados de azafata amaestrada
le acercan europa a su hotel cosen al bies los continentes
le hacen homo internazionale la science-fiction se sonroja
las distancias son ya un concepto del pitecántropo
si su pasaporte está en regla almuerza usted en bruxelles
y fornicaba esa misma noche con una mulata en brasil
kruschew se descalzó el zapato y golpeó sobre la mesa
la onu parpadeó unánime expresiva qué orzuelo qué veo qué oigo
géminis IV géminis V más géminis con sus apellidos reales
y la princesa ana de inglaterra cayóse del brioso corcel
y lastimóse el dedo meñique según informe de la prensa
4.º poder oh gutenbergo inapreciable el abajo firmante
y su mujer mantienen muy atentas y cómo no sinceras
conversaciones sobre la libertad la contingencia el sexo
la conciencia la mala fe y el determinismo biológico
es necesario el cuerpo diplomático la commonwealth lo testifica
de gaulle habla del patrón de oro y organiza una vez más el barullo
aparece petróleo en españa y suben las acciones en norteamérica
véase *la codorniz* y sus aproximaciones bursátiles
o dicho de otro modo los días se suceden llueve sobre mojado
llueve diluvia mójanse calles tejados y perros solitarios
diluvia mójanse clochards así les llaman llueve
aquel dormido maloliente al que el decoro llamaría
puerco cochino puaf largo de aquí era un clochard
oh tú gramática francesa nicole y yo nos alejábamos un metro

dos metros un kilómetro mil quinientos kilómetros
debe de estar despierto me parece supongo digo yo
habrá comido muy regularmente sus desperdicios laboriosos
bostezando con profusión mas sin encanto sin ningún encanto
y unas viejas borrachas habránle masturbado
entre cálculos financieros risotadas y mimos espantosos
c'est la vie cherie a pilatos ya casi se le ven los cartílagos
centenares de juramentos y minuciosas obscenidades
tosidos desde su boca infecta con marcado desinterés
depositan una pátina de asco sobre las urbes verticales
crece durmiendo se hincha junto al hocico de la rata emerge
putrefacto inservible condenado inmoral emerge sube
baja se agita ronca áspero no resulta conmovedor
granuja puerco piojoso repetidlo piojoso
fastidiando al sena mítico y romántico se filtra
por todas las rendijas tentacular innumerable es una
verdadera invasión este horroroso fétido inmanente
se entreabre el portalón del consuetudinario devenir
y penetra este espía dormido al borde de una rata
entre acontecimientos en huecograbado con finos pies de foto
entre días y meses y confetis y esmerados paisajes
y viajes de fin de carrera y regalos de cumpleaños
o. k. ah la montaña majestuosa y la serenidad del valle
horadado por el renault ah vacaciones juventud divino tesoro
él aparta con todas sus manos ese tejido de tiempo y espacio
y aparece un instante sucio más sucio humilde más humilde
y aparece entre noches y días fantasmal en silencio
espantando a una rata él se aproxima y se pierde de nuevo
se aproxima y se pierde como un hilo de música.

(de *Blanco spirituals*)

COBRIZO SPIRITUAL (Homenaje a Manolo Caracol)

*... alzada raíz de sangre
del fondo de la guitarra.*

ARMANDO TEJADA GÓMEZ

*... voz de profunda madera
desesperada.*

NICOLÁS GUILLÉN

Es la calamidad lo que este hombre examina;
es el desastre subrepticio, la astucia del dolor
lo que desenmascara sobre su corazón espeso
este gitano de enebro con sangrías de lamento y saber.

Su voz, esa pirámide de entrañas y fragmentos cortantes,
ese rumor de petróleo subterráneo y desesperados lobeznos,
su voz mitad oráculo, mitad desconcierto de huérfano,
su voz de candéal abrasado por cuya ladera pululan
cristales minerales y prehistóricas advertencias,
su voz de tabaco ordeñado con avidez,
resquebrajada, precariamente unida con sogas de esparto,
su voz maravillosa veteada de caídas, su voz impresionante.

Ah, sí, con esa voz informa sobre la hostil desgracia
que brotó en las cavernas: ¿no oís el horror
de los hombres desnudos bramando sobre el mundo vacío?

¿escucháis las parejas remotas que ante la miseria y la muerte
copulaban buscando, aterradas, el rostro de siglos venideros?
En la voz de este hombre de nuestros días hierve
la sorda herencia de fatiga y furia, desolación y voluntad,
injusticia y quejido y hombría que, como un megaterio,
avanza de una edad en otra, avanza.

Pues, ¿qué es el cante? ¿qué es una seguriya?
¿no es algo roto cuyos pedazos aúllan
y riegan de sangre oscura el tabique de la reunión?
¿no es la electricidad del amor y del miedo?
¿no es la brasa que anda por entre el vello de los brazos
sobresaltando a la miseria y al ultraje que nos desgastan?
¿no es el cante una borrachera de impotencia y coraje,
una paz sísmica, un alimento horrible?

Y este hombre de la áspera garganta,
genialmente amarrado a su tenacidad y sus siglos,
escucha con bravura un instante la guitarra fantástica,
la guitarra feroz que chorrea pesadumbre y presidio,
que segrega lujuria de vivir, y él la escucha
y abre luego la boca para arrancarse de ella
pozos de amores horrorosos, madres muertas, infamias,
sexos, cadáveres, borbotones de comprensión y desafío,
y nos entrega en un cante un fardo de atonal destino
y una pena sin fin transitada por harapos y puños
y escarmientos y ojos, muchos ojos abiertos, ojos, ojos,
hasta infectarlo todo del fuerte olor del corazón que mira.

(de *Blanco spirituals*)

FRAGMENTO PARA UN HOMENAJE A *RAYUELA*

Escuchamos hablar de la grandeza del espíritu humano
grandes vocablos entretejen su estela acreditada
formando una constelación primorosa que celebra occidente
la *civilización occidental* casi es una fórmula mágica
sin ese sésamo ¿qué sería del 90% de los discursos?
los vocablos orden destino inmoral unidad
debidamente apuntalados por el mármol de las estatuas
circulan por la vieja europa como denodadas modistas
que hilvanan angustiosamente con hilos las épocas los rotos

es ésa la cuestión la cabellera de la vieja europa
se ha venido peinando con famosas palabras
y he aquí que la mata de pelo aparece de pronto
como una explosión fastuosa de innominables crenchas
selváticos mechones profundas calvas numerosas liendres
es ésa la cuestión los peines henchidos de pasado
en su uniformado combate con la hostil pelambreira
apenas si a través del temor conservan un poco de su crédito

¿y bien mon ami? Ocurre que la expresión *menaje à trois*
resulta más moderna que el vocablo *destiNO*
ocurre que los beatles se cachondean del muy severo *scotland yard*
y del palacio de la reina y que ello deleita a esos muchachos
que escupen como adultos y aborrecen los uniformes
resulta que todo lo nombrado *inMortal* les da risa ah caramba
y prefieren tocar la guitarra o reforzar los sindicatos
resulta que la palabra *horden* les parece muy sospechosa

vive dios no es seguro que todos estos hinchas de joan bález
se aplaquen con la edad y afiancen los negocios de papá
qué va a ocurrir si ellos se burlan de todo lo grandioxo
en fin y resumiendo ocurre que entre asistir a un strip tease
o leer las fábulas de samaniego ellos han elegido vive dios!

escuchamos mentar la GRANdeza del hespiritumano
y entre aullidos caricias descaradas y guitarras eléctricas
advertimos que se marea la zibilycaqión ocziDental
y que a lo + xagrado le nacen como hiedras los reúmas
mientras cortázar en una novela escribe mierda de seis formas
y dekora kon kaes encantadoras las voces ke corrían el peligro
de coaccionar kon su grandioxo crédito y su bufaratada
de siglos hi de xiglos hi de imnos hi de hestatuas

¿ké va a pasar hakí vive dios si hestos chikos
se hobstinan hen no ver la elegancia de nuestras reverenciaS
hi no advierten la hauténtikaka grazia estilizadah
de akestras sabias da + ke bordan la pavana heskisita?

(de Blanco spirituals)

EL PELIGRO AMARILLO

José Antonio Mases cuenta que una prostituta de edad madura se le acercó una noche y le dijo: ¿Me das un «celta», corazón?

«Viene la tentación de llamar pintoresco a este hervidero de miseria; la trampa, tan bien urdida por el hábito y el turismo...»

FÉLIX GRANDE

No parece muy convincente el ejercicio de la prostitución he visto el barrio chino de barcelona y no acabó se seducirme ni siquiera me emocionaron las tiendas de preservativos aun cuando en muy pocos lugares de país se puedan admirar señor embajador señores presidentes señoras señores entendámonos yo no traigo un programa de reformas por el momento soy únicamente un poeta lírico o como vds quieran llamarle esto es a gusto del consumidor si afirmo que buena parte de aquellas numerosas putas tras el humo de su cigarrillo obstinado y de su insensata sonrisa parecían tuberculosas o sifilíticas o hepáticas háganme la merced de no considerarme anarquista manuel herrero un muchacho bastante responsable que lee sociología galdós lukács y que escucha a los beatles vino conmigo me mostró la calle robador me habló de no recuerdo qué striptease económico que europeíza un tanto al mencionado barrio pues bien él puede informarles de que mi principal angustia consiste en alcanzar una objetividad estimable y ahora acompáñenme aproximemos el teleobjetivo

PUTA DE GRAN CONSUMO:

sus comisuras suelen estar colgadas
muchas tienen dentadura postiza o aliento de hígado roído
insisto no pretendo articular unos planos de cinema-verdad
sólo expresar mi opinión sobre el tema esto lo hacen
casi todos los poetas o como quiera que se denominen
sigamos ellas huelen también a desodorante al por mayor
sus bufaratas son famosas hagamos la merced a esto
en cuanto a su carácter circulan leyendas asaz caritativas
«en lo más profundo conservan una ternura inmaculada»
«son maternas muy maternas notablemente maternas»
«saben comprender en silencio el sufrimiento humano»
y «etc etc» son hipótesis muy acreditadas por el uso
no es que yo rehúse la investigación de tales manifestaciones
sino que no parece fácil que puedan esgrimir esas virtudes
desde debajo de un marino de la armada norteamericana
o de un campesino de jaén que subió a cataluña
con su maleta de cartón y sus sábados de aguardiente
lo más visible es que parecen ligeramente embrutecidas:
cuando se gritan desde acera a acera con originales insultos
y obscenidades especializadas que el oficio les proporciona
cuando regatean el precio por lo demás cosa legítima
o establecen una tarifa por horas pensión aparte
cuesta trabajo alimentar la idea de que esta criatura
«no carece de su grandeza personal» y de que la vida «es la vida»
y de que «hubiera podido ser nuestra novia» y de que incluso
resultaba admirable para andréyev y patatín y patatán
por supuesto existe también la

PUTA CARA:

peinada de manera meticulosa y con cintura cinematográfica
posee apartamento discos en francés inglés italiano
conversación entretenida una edad no muy acentuada
una obscenidad sutil y rítmica la demanda obliga
y generalmente una pantalla de color sobre la mesita de noche
te dicen sonriendo qué torpes sois desnudando mujeres
—¿dónde habré oído esa frase celofán que imprime una alta estética
a la presentación del género? astucias de la oferta
histórico entresijo del mercado ¿dónde hemos escuchado
la dulce adormidera de aquesta frase legendaria?—
cobran de modo fino parapetándose en su encanto
acaso con el pie como vimos en un film de antonioni
no lo dudemos más están llenas de gracia qué bien huelen
nadie diría que los ganaderos y los jefes de empresa
joden con ellas o les reclaman alguna pintoresca variedad
bien mirado es de tener en cuenta que usan mucho su baño
de todos modos y según imagino el hecho simplemente
de que vayan almacenando pacientemente sus ingresos
ya les da un cierto aire financiero o huidizo
que es poco apasionante y que no beneficia la leyenda
se diría que tienen un miedo tentacular al porvenir
a la soledad que ejercitan al whisky con que alternan
a las enfermedades venéreas al azogue que se despega del espejo
un miedo ceñido como sus faldas un miedo complicado
como sus peinados exuberantes un miedo subterráneo
o mencionémoslo como pavor ante sus amigas más jóvenes
puede que la alegría no signifique un horizonte para ellas
puede que signifique una guarida la rendija en la puerta

que el gato perseguido araña no deja en fin de ser
suposición hipótesis conjetura el idioma nos favorece

pues bien aquella noche en barcelona manolo y servidor
paseamos por el barrio chino y vimos miles de varones
encudriñando en sus posibilidades & el estado de la mercancía
vimos cientos de putas y unas cuantas remesas de vómito en el suelo
manolo dijo ea ya has visto el barrio chino de barcelona
lástima que fuese un poco tarde ya para ver striptease
mierda dijo manolo con una atroz aplicación
mierda exclamé metiendo mis dos manos en los bolsillos
¡mierda! repitió la lira con su indómito cantar.

(de Blanco spirituals)

MEJOR PARA MÍ

Pero si enloquezco, mejor para mí

SAÚL BELLOW

*«En los años setenta U.S.A. TENDRÁ MISSILES SUFICIENTES
PARA ARRASAR A RUSIA Y A CHINA COMUNISTA.»*

Diario Pueblo, Madrid, 26-1-1966

Con voz de fruta y oscuros cuarzos en el pelo
mi mujer se apoya en mi conciencia mediante una sonrisa morena
de donde cuelga como un péndulo una gran interrogación
vuelve a mirar y vuelve a sonreír confusamente modernamente
su contrapunto busca algo real entre capas incomprensibles
entre capas que existen pero sólo muestran su espalda
y de pronto y suave con su gentil preocupación exclama
nunca más volveré a comprarte una camisa tan favorecedora
esté yeyé esta noche ya me contarás lo que ocurre
... continuó silbando la melodía desesperada
ah charlie parker beso tu derrota impaciente
y bailo lento por los escalones de la garganta de armstrong
vedme de pronto sincopado mordente sinuoso moviendo
este cuerpo que recuerda al asceta oh paradoja
alguna vez sabré cantar blues en su idioma
y bailo y silbo mientras me desprendo indiferentemente
de mis corbatas de mis sombreros y de mis razones
darling le digo a mi mujer no sé lo que me ocurre
debe de ser cinismo esto avanza bailemos y la beso en la boca
y le restriego la nariz y le presiono las caderas
con estas manos que le han dado y le dan celos y dicha

paul demond ese saxo imparcial reflexivo
y casi infame de sereno está reinando ahora
en un viejo sillón de ébano sudoroso y paciente
se retuerce lo justo y se va desprendiendo
de aquella melodía denominada greensleeves
bienvenida y anónima igual que un manantial
paca te quiero escucha
y cómo amortizarte la mirada me engancharía ahora
de un avión para llegar más pronto a nada obsérvalo cherie
mientras que los wallstreetianos requiebran al pentágono
y envían gigantescos adolescentes y cajas de chicle al vietnam
y la graciosa majestad de johnson otrora sólo vicepresidente
inaugura una ley que prohíbe casarse por terror
yo tu esopo me limito a desear a algunas de nuestras amigas
lo cual es simple a mi entender o no más complicado
que envejecer o que vivir en aqueste avispero
mientras las estadísticas aporrear con las cifras del hambre
sobre campanas de bronce forrado yo tu amante me empapo
en los compases de fats waller a falta de un sedante
más espantoso qué palabra y más satisfactorio
y mientras téjese una red policíaca de cohetes espaciales
y nuestra hija traga dormida sus 200 gramos de leche
yo el padre de ese bulto entrañable bailo suave y brindo
ante john coltrane y te informo de que este deseo de fornicar
que sube desde mi infancia misteriosa a lo largo de mi edad
como un secreto de familia en familia
no consiente ser sublimado en la fidelidad
sino que acaso quiere destruirse nada nuevo derrocharse
nada nuevo y respondes nada nuevo aguarda que termine

de dar el biberón a lupe falta poco mira qué bien lo toma
ah tú siempre tan práctica me anulas me derrotas te quiero
pero también te olvido me derrotó me anuló y silbo
con las manos en los bolsillos y moviendo los hombros
como europeo actual desamparado qué palabra chérie
y has de saber que en este instante si tuviera dinero
me largaría al aeropuerto ah el placer de comprar
revistas ilustradas y tabaco junto a pistas de aterrizaje
y mirar a esos ancianos pintorescos que cojean del idioma
tal vez alguno de ellos ha llorado pulcro y terrible y solo
viendo marchar al frente a los muchachos
así me has dicho mientras dejas el biberón vacío en el suelo
y subes hasta tus caderas moviéndote bailando
manifestando a tus omóplatos uniendo tu torpeza a la mía
tras los barrotes enmohecidos del saxofón interminable.

(de *Blanco spirituals*)

LA RESISTENCIA

Caía en mi herida como en un barranco. Vieja bestia del sufrimiento, es ya casi majestuosa tu ritual obstinación. Remoto, incomprensible, como mi adolescencia, venía el dolor aproximando a mis daguerrotipos sucesivos; los restregaba contra mi mirada extenuada de avidez, mostrándome mi decadencia, ya ni siquiera imperceptible; aquello era lo mismo que la agresión de un mutilado que exhibe sus muñones, borracho de rencor y de pena. ¡Tengo sólo treinta y un años!, protesté. Después, sonreí, siniestro. Y luego, solitario en la madrugada, ese recipiente mitad confesionario en sombra, mitad congelación, exclamé atolondrado y sistemático: ¡Los culpables, quiero verles la cara a los culpables!

Entonces, como ante un rey depuesto, comenzaron a desfilar ante mis caries cotidianas los responsables gigantesco. Venían las bombas de mil novecientos treinta y siete y besaban mi mano de rey arrugado: bombas ceremoniosas, cubiertas por la penumbra de mi edad y arañadas de olvido. Vino el hambre de la posguerra con su cara tiznada de carbón, y me cumplimentó, enfática e irónica. Mamá merodeaba por palacio con su antiguo trajín obsesivo y sus antiguas deudas. Venían las deudas en papel moneda, arrogantes, hablándome de tú, mas con desprecio. Y vino el miedo erguido sobre un corcel maravilloso y me escupió en las cejas. Otra vez. Ah, cuánta injuria, rey grotesco, rey que volvías la espalda para llorar ante la omnipotencia de un reino de desgracia. Desfiló Europa entre clarines, llena de engranajes soberbios, poleas alucinantes y zarandajas de discurso, chorreando un sudor de mala historia en sonora

putrefacción. Y dijo Europa: «Majestad, sois débil»: como el decreto de una ejecución. Y luego, la vejez, premura, dos sobre dos aborrecible, y la muerte, premonitoria, avanzaron juntas y ásperas, mayores que mi repugnancia. Y el rey sólo acertó a decir: ¡Qué asamblea, qué reino y qué reinado! Y se aferró a los brazos de su trono, evitando un desmayo amenazador.

Me agarraba a los bordes de mi herida. Mis uñas son aún mi salvación. No caer. Resistir contra aquella asamblea, contra Europa y sus palacios emisarios, contra el siglo y sus cristales fronterizos, contra mis habitantes infecciosos, contra la pústula internacional, contra la mueca nuclear, resistir. Resistir esas agresiones, ese Merlín apóstata que transforma el pasado en herida, el presente en herida, el futuro en una colosal carcajada de loco. Colossalmente resistir, como un interrogado. Resistir: una elección, la única.

Luego vino el fracaso de los médicos, el fracaso del desenfreno, el fracaso de la esperanza: mi libertad crecía como otra deuda, infinitesimal y celular. Todo era libertad y desgracia. Vomité un juramento increíble y entonces, sólo entonces, pedí a gritos socorro a las palabras.

Pues, danzarines, espúreos, genuflexos, abominables, ¿qué imaginábais que fuese un poeta?

(de Puedo escribir los versos más tristes esta noche)

LÁGRIMA MISERABLE

Nada puede sembrarse en una lágrima. Puedo ver cómo llora un siglo sobre el feto de otro y cómo lo acongoja y lo gangrena. Puedo ver cómo cada época deviene ebria de dolor, y da traspiés, borracha, obstruyendo su propio desarrollo. Nada puede sembrarse en una herida. Todo en ella se pudre. Pus es el fruto del mejor rasguño.

Vosotros, los que habláis del beneficio de los sufrimientos ¿imagináis la humanidad reuniéndose en las calles cotejando sus cicatrices; hundiendo las cabezas y apretados unos con otros como un rebaño de animales pequeños bajo una tormenta de nieve? ¿O imagináis la humanidad errabunda por los ejidos, rumiando su dolor como a una mala hierba umbría? ¿Y esas imágenes os parecen solemnes?

Puedo ver cómo cada época descarga su impotencia en la siguiente, y sospechar que ésa es la causa de que aún no hayamos olvidado las antiguas cavernas. Puedo opinar que cuando dos se juntan para llorar rejuvenecen a la vejez de su miseria, cosechando con ello la calma de la claudicación. Puedo opinar que no se purifican, que se embriagan. No avanzan: se pasan uno a otro, monótonos, la antorcha que encendió la primera desgracia. No se ensanchan: se aíslan. Pues antes han corrido los visillos de la ventana. Algo hay cierto en el llanto: produce vergüenza a su autor.

Sueño algo mejor que esa vergüenza para después de las cenizas de todos estos siglos descompuestos. Sueño seres futuros cuyos recuerdos no sean, de ningún modo, como los míos. Sueño en que un día los antropólogos redacten un informe

sobre nosotros, comenzando con estas espléndidas palabras:
«Qué espanto, qué espanto».

(de Puedo escribir los versos más tristes esta noche)

COMO EL NOMBRE DE UN DIOS

Qué me habrán hecho. Cuándo me habrán pegado con una cadena. En qué lugar del acerico de mi edad quedó clavado todo aquello, que no conozco bien. Que hurga como la aguja de una inyección intravenosa tanteando en busca de la vena. Agresión invisible, antigua, monocorde, que me convierte en mi enemigo, que me cubre el camino de nieve alta. Que desencadena una tormenta de paredes alrededor de mí.

Cuantos me hicieron daño son unos asesinos. No puedo odiarlos, no sé ya exactamente quiénes son. Veo un túnel oscuro detrás, delante, arriba, a mis costados, a mis pies. Todos aquellos a quienes yo haya herido son mis jueces y sufren en sus túneles, sin recordarme. Socorro, dijo. Sonaba suavemente un podrido violín por entre los fragmentos de la ruina.

¡Lo que sucede es que estoy loco? Sufro porque sé juzgarme pero me amo. Sufro porque a la vez me amo y me juzgo. Sufro porque van a caer bombas atómicas. Sufro porque me da miedo la tuberculosis. Sufro porque soy un cobarde. Y suena el inmemorial saxofón del repentino negro apaleado y mientras le pegan se oyen abajo las palmadas que llaman al sereno. Madrid. Hace diez años que me demoro por sus calles, arrastrando mi lucidez por la ciudad, por mi conducta, por sexos de hembra, por horas y horas de ambigüedad y de fotografías de muertos, oh noche agresiva. Mientras tanto, escupen los borrachos la mala hierba de sus prados caducos.

Todo mi oficio se reduce a buscar sin piedad ni descanso la fórmula con que poder vociferar socorro y que parezca que es el siglo quien está aullando esa maravillosa palabra. Que salga

esta derrota de lo más puro de mi corazón y llegue a los demás impregnada de siglo veinte y de universo, como un insulto espléndido cuyo esqueleto es de amor y desgracia. Que adviertan que me puse entre los torcidos del mundo para ayudarles a zurcir y defendí a la vida con todo mi terror. Clamar socorro con el nombre de un dios.

Qué me habrán hecho. Qué cosa que no debí olvidar jamás. Qué golpe a traición. Qué hay en el lugar de mi espalda que no alcanzo. Los años caen como paredes y me hundo como absorbido por una vergüenza. Lo que sucede es que estáis locos. Antiguo asunto el crimen. Antiguo asunto el miedo. Y locos. Y asesinos. Y aterrados. Un vuelo de lechuzas erosionando siglo a siglo el futuro. Qué me habrán hecho. Cuándo me habrán roto las costillas. Por qué no hay odio en mi memoria. Mis padres fueron buenos conmigo. Por qué leo tantas veces la carta, asombrado, perplejo. Aletean lechuzas ateridas su amorosa agonía contra las ventanas, silban el viento y la amenaza, suena suavemente un podrido violín por entre los harapos de la ruina.

(de Puedo escribir los versos más tristes esta noche)

LENTO ASALTO DE ÓXIDO

Hubo el irreprimible tiempo de creer cada uno en su propia juventud reflejada en los ojos del otro. Yo tomaba tu cara con mis manos no para ver en ella promesas ni hijos ni juramentos ni futuro, ni siquiera el rumor adorable de las heridas que se cierran. Yo no buscaba en tus ojos brillantes nuestro destino, mi destino, el destino: yo miraba el instante, el aleph sin vértigo, el minuto enigmático que resumía la caravana de las estaciones, el suspiro geológico de un tiempo liberado de argollas, que por primera y por última vez lo calcinaba todo menos aquello solo que importaba. Aunque diminutivo y diminuto, tu nombre era entonces para mí una grandeza meticulosamente próxima, era la inimitable desmesura de sentirme viviendo sin paréntesis, era una fruta del tamaño de su árbol, era tres sílabas de cosmos y de miel y de pan. Querría decirlo de manera simple, que no parezca puesto en un poema: yo era feliz mientras decía tu nombre. Entonces había centro, matriz perpetua, inmortalidad repentina y levadura confiada. Era el do sostenido de lo majestuoso, era el reverso de la nieve, era la gran victoria sin una sola víctima, era la almendra de la luz. En aquel tiempo todas las palabras vivían, como criaturas o semillas; los nombres eran duros como puertas recientes que se abren ofreciendo a la claridad el pecho de la casa; el día y la noche aún no eran dos perplejos que se buscan sin alcanzarse (que el más contrahecho de los desgraciados no me perdone nunca aquello: yo fui feliz en medio de la desdicha de la Historia). Si alguna vez nací fue entonces. Aquella forma de escuchar tu nombre. Aquella forma

de mirar tus ojos. Todo mi mundo era, señora, una gran deuda que tenía con vos.

¿Cómo fue desconchándose la cal de la pared? Hoy soy como un espejo que devuelve las muecas de la condenación. Un barranco que recoge y reintegra en ecos insaciables todos los gritos de esta época sepultada en avispas, los lamentos de los países, los silencios horribles de cuantos indefensos clandestinos aguardan la salida del sol desde la noche de su pústula. Hoy tomo tu cara en mis manos, escruto turbiamente en tus ojos, y ya no sabes lo que busco, y yo también ignoro lo que jamás voy a encontrar. Y con una rebelión insensata, atolondrados, tratamos de nombrar esta metamorfosis, registramos apresurados los bolsillos de la costumbre y la farmacopea, reclamamos socorro de la semana próxima o de coitos salvajes y metódicos como quejidos en la fiebre. A veces, desde esa miserable protesta, culpamos de nuestra desgracia a gentes que tal vez nos culpan a nosotros de su desgracia puntual. Estamos sucios de tristeza y desvariamos inventando enemigos. Incapaces de la resurrección arrastramos a otros cadáveres a ese túmulo bajo el que se va desmenuzándose el esqueleto de nuestra alegría.

Basta ya, amor mío y hoy compañera también de infortunio. No absolvamos jamás al terror calculado, a la injusticia que emerge de adentro a afuera como un terremoto, a todo eso con que a casi todos nos emborronan y nos enloquecen. Pero admitamos de una vez que nuestros ojos se van apagando, que se cuarteas la almendra de la luz, que nos asaltan las canas caídas de las cabezas de los antepasados. Que vamos, de la mano si tú me lo consientes, hacia el vaso de sombra que espera junto

al último caserón derruido. Ese vaso de sombra que, derramada desde el futuro, retrocede hasta hoy, hasta ayer, y nos hace infelices, como dos animales pequeños, ateridos, cubiertos por la vasta sinrazón de morir.

Dame la mano en este huracán de quietud. Dame la mano en este ventisquero de óxido.

(de Puedo escribir los versos más tristes esta noche)

INMORTAL SONATA DE LA MUERTE

Desde hace muchos años suele visitarme de noche. Cómo saber de dónde viene. Si existe en el espacio, al otro borde de los telescopios y de la menesterosa razón, una región donde el padecimiento emerge, sideral y enigmático, para avanzar después sobre los astros desvalidos, ¿es de allí de donde procede mi todopoderoso visitante? Sólo una cosa cierta sé: esa desolación es el producto de algo más bárbaro y extenso que mi módica vida. Desde hace muchos años viene a visitarme de noche. Maniático, suelo combatir su presencia con el modesto barbitúrico, o con un recorrido monótono por el extenuado pasillo de mi casa; o con una sangría de palabras, deformes de tristeza o de miedo. Pero todo es inútil. Vuelve a volver, mordisquea un poco más los cimientos de mi conciencia, atenaza suavemente por la garganta a mis proyectos cotidianos y derrama en mi corazón la música confusa de la muerte, la música confusa de los antepasados de mis desconocidos bisabuelos, la música sin forma de todos mis herederos impasibles. Cientos de miles de lejanas flautas de caña interpretando la melodía del abandono al pie del lecho en donde habito en estas horas misteriosas. A veces me pregunto cómo será el concierto de solemne, de melódico y de increíble cuando vaya a morir; todos los violonchelos y las guitarras, todos los clavecines, los oboes, los clavicordios y muchas y dulcísimas gargantas de mujer en un himno majestuoso que podría traducirse así: en el océano de la vida y del tiempo, tú, criatura humana, sin saber ni una sola cosa que te sirva para ser inmortal, inmortalmente existes, a escasos años de tu disolución.

Al fin he descubierto el verdadero nombre del insomnio. Pasan los siglos como mansos bueyes, los acontecimientos como caballos con la crin dura por la velocidad. Pasan las canas en una multiplicación sistemática y clandestina. Pasa mi padre hacia donde le aguarda el suyo. Pasan todos cuantos conozco, todos aquellos que amo. Pasa la especie, donde habito. Pasa todo en silencio. Somos los lentos forajidos que inventamos los mitos, las religiones y la Historia, el lenguaje y las drogas y el amor, únicamente porque sabemos que vamos a morir. Ahora sé que un abrazo lleva al fondo un pequeño violín de espanto, una matriz de desconcierto. Y en la alta noche, a unos pasos de los antiguos y a unos pasos de nuestros futuros arqueólogos, nos sentamos sobre las mantas, ateridos de perplejidad y de emoción. Y algo gigante y cósmico nos acaricia un poco nuestra cabeza ebria, antes de que tengamos tiempo de llegar, como locos, al interruptor de la luz.

(de Puedo escribir los versos más tristes esta noche)

ESPIRAL

Para Ángel L. Prieto de Paula

Puedo escribir los versos más tristes esta noche
El reloj de pared
marca mil novecientos
sesenta y nueve. Hace un instante
mamá viene corriendo por las calles
en busca de un refugio
Contra las bombas me oculta en sus brazos
El reloj marca mil novecientos treinta y siete
Puedo escribir los versos más tristes esta noche

Hace un momento mis antepasados
comenzaban a golpear un tronco hueco
para comunicarse con los más próximos lejanos
Sale la luna y toda la horda
se siente rodeada de tigres
borracha de materia original
Examinan el mundo vacío
y sienten que les falta el lenguaje
Golpean sobre un tronco
arrancando de él sílabas enigmáticas
religiones extrañas
conocimientos ilegibles
premoniciones pavorosas
que se habrán de cumplir una por una
Puedo escribir los versos más tristes esta noche
El reloj de pared marca mil novecientos

cuarenta y cinco. Suben
las sombras arañando el tiempo
Un tirano de la horda
despedaza la carne de un venado
El salvaje que habrá de asesinarlo
para esperar a su propio asesino
mama en la teta de su madre
El tirano lo mira alimentarse
No hay escena más plácida más horrenda que ésta
Cae la primera bomba nuclear

Hace un momento tengo quince años
Sube a mi piel el secreto más honesto del mundo
muerto la carne de una vecina silenciosa
Sigo haciendo el amor gimiendo hiriendo
mientras mueren mis familiares
Puedo escribir los versos más tristes esta noche

Mi hija golpea en la puerta
Con su idioma inicial repentino
me recuerda que debo ir a la cena
Mi hija golpea en la puerta
escucho el tronco hueco de mis antepasados
La cena huele a astillas de megaterio mudo
La mesa limpia tiene lobos
El reloj marca un cero deforme

Hace un momento mamá y papá cenaban
hablaban se besaban

creyendo que yo estaba dormido
Papá emigra del pueblo para hacernos llegar
un poco de carne de bestia
Mamá chupa un tendón monstruoso y llora sola
Puedo escribir los versos más tristes esta noche

El reloj de pared marca las nueve y media
Sube desde la calle el sonido del tráfico
Un perro allá en el pueblo ladra
Un obús silba allá en la guerra
Allá por todas partes hay miedo sangre cálices
miembros rotos fósforo ardiendo
Los ojos de un cadáver anónimo
ruedan al suelo y miran con misericordia:
ven a la horda pidiendo socorro
mediante un tronco hueco
Mi hija golpea en la puerta
Puedo escribir los versos más tristes esta noche

Hace un instante me han comprado un cuaderno
un portafolios un papel de calco
Y en ese cristal que preserva
las manecillas del reloj
miro mi cara de treinta y dos años
Sigo mirando hacia ese rostro antiguo
Sin apartar la vista mi cabeza se apaga
Vienen mis nietos a llorar. Se van
Puedo escribir los versos más tristes esta noche

Miro el reloj con amor con espanto
con amor con espanto
Miedo amor corazón: dadme lenguaje
Soy un antepasado golpeando un tronco hueco
estoy desnudo bajo la tormenta
Estoy solo en el bosque
sin otra compañía que la horda
A mi lado camina un reloj de pared

La materia total gira enloquece

Vienen los tigres que no se ven nunca

Y todo es solitario y sideral

Puedo escribir los versos más tristes esta noche

(de Puedo escribir los versos más tristes esta noche)

LA PATRIA

Los que sin fervor comen del gran pan del idioma
y lo usan como adorno o coraza o chantaje
sienten por mí un rechazo donde la rabia asoma:
yo no he llamado patria más que a ti y al lenguaje

Los que destinan himnos y medallas y honor
al cuervo de la guerra y nunca a la paloma
de la lujuria, miran mi cama con rencor:
yo no he llamado patria más que a ti y al idioma

De la fraternidad, de la honra civil
sé que nadie la siente ni nadie la derrama
si convierte al lenguaje en una jerga vil
y en su cuerpo sofoca la milagrosa llama

Celebrar como a un dios el fuego de la mano,
sentir por las palabras un respeto profundo:
sólo así el transeúnte puede ser nuestro hermano
y nuestros camaradas la materia y el mundo

La carne me ha enseñado el más hondo saber
y el lenguaje me enseña su lección venerable:
que el Tiempo es un abrazo del hombre y la mujer,
que el Universo es una palabra formidable

(de Las rubáiyatas de Horacio Martín)

RONDÓ

Mirando tu cuerpo desnudo
recuerdo el origen del mundo

Creo en la materia que se busca

Ven misteriosa boreal

Creo en la tiniebla que se encarna

Ven misteriosa boreal

Creo en la energía que se organiza

Ven misteriosa boreal

Creo en la majestad de lo enigmático

Ven misteriosa boreal

Creo en el antiguo canto de los cuerpos

Ven misteriosa boreal

Creo en la mañana de los mortales

Ven misteriosa boreal

Tentando tu cuerpo desnudo
recuerdo el origen del mundo

(de Las rubáiyatas de Horacio Martín)

TODOS LOS SIGLOS DE LA LLUVIA

Sentían espanto por la puesta del sol
Se alimentaban de animales horriblos
Padecían las nevadas, la lava, las tormentas
Tenían únicamente cuevas y brujos y tiranos

Hoy escucho la lluvia que suena en la ventana
susurrando las sílabas siderales de la horda
como interrogaciones resurrectas

Emocionado, me arrebujó con tu respiración
paso la lengua por tu piel dormida
y mientras oigo lentamente la llovizna del mundo
saludo con misericordia a aquellos ancestrales hermanos

(de *Las rubáiyatas de Horacio Martín*)

ANTES QUE EL TIEMPO EXPIRE, NUESTRAS MANOS

Océano de piedad, luz honda de mujer
Levadura del tiempo mientras el tiempo exista
El tacto y el olfato y la lengua y la vista
junto a tu cuerpo son maneras de nacer

El hombre es taciturno y nace para ser
desgraciado, perdido, sin nada que lo asista
y esto es horrendo, inicuo, y no hay quien lo resista
si no puede mirar, tocar, besar, lamer, morder

Ella pone pomada, ella pone vendaje
ella amortigua el triste absurdo del viaje
ella es el centro, el único lugar a donde ir

Los hechos y los años son mentira y estrépito
y el destino es un mudo miserable y decrepito
Sin mujer en las manos lo mejor es morir

(de *Las rubáiyatas de Horacio Martín*)

EN VOS CONFÍO

Ven otra vez socórreme apacigua este frío
Aproxima una mano de luz por las horas retintas
El desconcierto hiela mis huesos y mis ojos
Estoy abandonado de la felicidad

Protégeme, poema
Sano sólo me queda este odio a la desdicha
Dame calor acércame las palabras alucinantes
Fonema colorado abre tu portalón solemne
y pasaré a la cueva grandiosa del lenguaje
orando interminable la sílaba sin fin

Mira a este can salvaje atado con cadena
Mira a este tigre altanero extenuado en la lluvia
Y mira a mi velocidad tumefacta de miedo
Acércate, poema, dame una medicina desaforada
Delibera con todas mis vísceras, regresa sudoroso
maravillosamente sucio de humores y de sangre
y dime qué te han confiado qué les ocurre
descíframe recítame mi propio secreto
Apresúrate sílaba, me apago

Estoy abandonado de la felicidad
y como un alacrán que se matara con su propio veneno
con mis preguntas me estrangulo Responde tú poema
Siéntate en una silla dame conversación
tú eres el brujo más misericorde

tú eres el sacerdote boreal
Ven otra vez Aproxima una mano de luz
Acércame las palabras fantásticas en el pan de la voz
Una jauría de ininteligibles
va cercando a mi vida y a mi cuerpo sagrados
con bocados con alimañas Asóciate a mi corazón
baja a esta selva y sé mi camarada augusto
Combate a mi favor contra esa peste a cataclismo
contra ese caldo soez de error y de amenaza
Ven otra vez Socórreme Socórreme, poema
Tú eres el enigmático solar
la mano que apacigua el espanto
la niebla enorme que todo lo besa

En vos confío En vos confío En vos confío

(de *Las rubáiyatas de Horacio Martín*)

JOSÉ HIERRO

OBTIENE LA JUBILACIÓN

¿Cuál es la edad de un hombre
a la memoria larga destinado?
La edad que hay en tu nombre,
amigo y maestro amado,
al futuro mantiene congregado.

Nada hay en este asunto
que pueda asir o disgregar la muerte:
lo que hay aquí está junto:
es honor, y se advierte
que se une al verbo para hacerlo fuerte.

Honor y verbo mago
bandera son de juventud, y ciencia
en donde trago a trago
la universal conciencia
bebe su más emocionante herencia.

Quién aquí se jubila
es la ley que nos gasta y erosiona,
nos hiela y nos deshila;
pero no tu persona,
ante quien esa ley se desmorona.

Amaste tanto, amigo,
la dignidad, los seres, la alegría,

que aprendimos contigo
que habita la energía
hasta en la flor de la melancolía.

Gracias por tu lección
en donde con asombro hemos notado
a Darío, a Juan Ramón,
a Lope y a Machado
junto al largo dolor de tu costado.

Gracias por tu dolor
Lleno de discreción y luz y guía,
gracias por el honor
que alumbra tu poesía
en donde todo el corazón te ardía.

Tu llama de honda luna,
que en su iluminación nos acompasa,
sea nuestra gran fortuna
mientras el tiempo pasa
entre las azucenas de tu casa.

(de *La noria*)

UNA GOTERA

Escucho la guitarra de Paco de Lucía.
La música me araña los huesos de la edad.
Lejanamente todo mi pasado se enfría.
Una gotera insiste entre la soledad.

La madrugada apoya su frente en la ventana
y me confía unas sílabas de pena y compasión:
se lo agradezco desde la yel de esta desgana.
Hay una losa de algo sobre mi corazón.

Una gotera. Una gotera hay en mi casa
en esta rara noche de música y de adiós.
Y en esta seguíriya que me hiela y me abrasa
veo el rostro de la nada como un golpe de tos.

¡Qué es esto? ¿No está al lado mi bella hija dormida?
¿No está ahí cerca dormida la paz de mi mujer?
El invierno tiritita y me lame la vida.
Mi juventud se ha ido para nunca volver.

¿Te acuerdas, Paco? Un día fuimos adolescentes
entre hermosas guitarras y muchachas de miel.
Y hoy la noche de invierno me acaricia los dientes
y el viento de los años dormita en el mantel.

Todos mis sueños muertos se acuestan a mi lado
y esta gotera sigue rezando sin cesar.

Hasta el renunciamiento me dejó abandonado.
Se han ido lejos hasta mis ganas de llorar.

Cuando ya ni la lágrima acude hasta la herida
y la vida es convulsa como un golpe de tos
¿qué le queda a esta llaga trivial y entumecida?
¿qué le queda a esta música? ¿qué nos queda a los dos?

Suena en la seguriya la lujuriosa pena
de un tiempo que se apoya cansado en la pared.
Y suena en mi memoria y en mi cansancio suena
la horrenda saciedad que me dejó la sed.

Perdona, Paco. Excusa esta porción de invierno
con que te está escuchando mi viejo corazón.
Y que Dios te bendiga por ese ruido eterno
que suena como suena la palabra perdón.

Fumo mi cigarrillo sentado en una silla,
cercado por la silla, la tiniebla y la edad.
Oigo el perdón, muy próximo, en esta seguriya.
Y oigo, lejos, la espalda de la felicidad.

(de *La noria*)

EL HOMBRECITO GIGANTESCO

Parece haber viajado tanto

Mírenlo ir y venir como sonámbulo
pisando su delicadeza, atropellando su ternura
Mírenlo cómo corre por países barrios páginas personas
Se le ve deambular por calles cavernarias
en las que de una puerta sale un grito de hambre
y de otra puerta un vendaval de hastío
y de otra puerta un no me dejes lóbrego
que segrega partículas de año y astillas de calendario taciturno
Se le ve caminar añinado de emoción colosal
contra la oscuridad tumultuosa de cuyo abrasador silencio
emerge el sobresalto de un pequeño violín
Y se le ve dubitativo por las grandes ciudades
de cuyas mitológicas ventanas
caen personas ardiendo y murmurando socorro socorro

En qué piensa este hombre de corta estatura
que abraza al saludar y no ha aprendido a despedirse
Hay mucho arroyo y numeroso océano en su cabeza repentina
Con una atención torrencial persigue en las metáforas
los sonidos de tempestad de los astros y los recuerdos
Pronuncia noche y se refiere
a la teta inmortal en donde maman los lobeznos de siglo
pronuncia ayer y nace un filo a ese vocablo fabuloso
con el que taja las edades atávicas, lejanas, torturantes
que así quedan goteando lentamente ayer ayer ayer sobre el poema

Sus sienes son de goma, de grieta y de abundancia
de nueve meses dentro de otros nueve
y tiene arrugas de cansancio y piedad
y de espanto y de escrúpulo fraterno
sobre su corazón su corazón

Carlos edmundo de ory y su emoción de cabecera
viajan por los países y por los clásicos
por george trakl y por montmartre
por dostoevski y américa del sur
por la soledad de su cuarto y la piel de denise
por la locura de los surrealistas y por su madrid enjoyado por
nanda papiri
por la neurosis, por la fiebre, por el sollozo de los borrachos
por la simiente de una fruta y por las aristas de un féretro
por las fábulas indias, por la costa del mar del mar del mar

Eres patético y gentil tan dividido, tan multiplicado
Una extraña soberbia biznieta de una lágrima
y rigurosamente pariente del fervor
te hace ponerle música a la angustia
y dedicarle al pánico un madrigal de ébano
y reclinar a lo tempestuoso
sobre la barriga solemne de un violonchelo patriarcal
cuyo son cuya almohada significa mucho amor a la vida
mucho amor mucho amor casi todo el amor
amenazada música tremenda en la noche del mundo

Parece haber viajado tanto

Leo en esta madrugada sus libros de viajes
oigo su música de asombro y saber y perdón
y lo veo remontando su existencia bárbara y exquisita
avanzando por países y muertos enriquecedores
avanzando por los amigos y por las montañas
avanzando torcido de cariño debajo del espacio
avanzando hacia el mar hacia el desierto
avanzando hacia el llanto de aquellos que lo aman
y haciendo de su viaje un esfuerzo increíble
por clavarle al olvido un arpón de memoria:
su oyo de amor, su tizne de amargura,
su alfiler de ilusión insensata, su gota de verdad,
su ventisquero de alegría.

(de *La noria*)

HIJOS DE LA IRA

Con Dámaso Alonso

Horadan el sur de la noche
vengativos y solitarios
Van derrotados y altaneros
como ternísimos malvados
Brotan solos de las tabernas
y bajan a los urinarios
y escriben su odio en las paredes
como grandiosos literatos

Varias señales de la miseria
se obstinan en acompañarlos:
la ropa astrosa, la hosca noche
el más maloliente tabaco
las lavacias de vinos pobres
unos gruñidos enigmáticos
una furia deslavazada
y muchos sueños desollados

Su cólera cariada, sus
turbios semblantes de borrachos
y ese no sé qué de navío
dando miedo y dando bandazos
recuerdan al hollín, al limo
al engrudo, a la escarcha, al trapo

Su patria es la calle vacía
la soledad su sindicato

su club la esquina en que vomitan
la acera su confesionario
y su destino un hospital
que ya les muerde los zapatos

Ríen con pelos entre los dientes
lloran vidrios a manotazos
cantan cosas desatinadas
callan geológicos y hartos

Su impar desgracia ya ululaba
entre la leche que mamaron:
hace ya muchos siglos que
garabatean en el espacio
escribiendo el siniestro libro
de la injusticia y del espanto

Hijos y nietos de la ira
una costra de antepasados
iracundos y miserables
les macera y cubre las manos
con las que se tapan los ojos
al echarse a morir. Los amo

[Y en la pancarta se leía
el furioso nombre de Dámaso]

(de *La noria*)

SALUTACIÓN AL DESPOSADO ETERNO

(En el homenaje a Onetti)

Padre y maestro mágico, el de la enorme sien,
que en el pasillo insomne que une al mal con el bien
diste un grito desgarrador;

hacedor enlutado que a la ciudad informe,
alumbraste con sombra de tu emoción enorme,
embadurnándola de amor.

Que tu casa se inunde de tangos y laurel,
que se humedezca el santo hocico de Gardel
cuando deambule por allí;

que tu fachada bese el ruso epilepsíaco
y que por la escalera su rumor genesíaco
avance a saludarte a ti.

Que si posarse quiere sobre tu genio el cuervo
todos odien la ofensa del pájaro protervo
y te arropen con su clamor;

que tu pasado vierta sobre tus largos huesos
una dulce pomada de manos y de besos
para mitigar tu dolor.

Que púberes muchachas te distraigan el ánimo,
que sobre tus secretos no se derrame lágrima,
sino rocío, vino, miel;

que una mano insistente en el libro de Ceres
junto a tu nombre escriba suspiros de mujeres
que se te claven en la piel.

Que ese suicida unánime que por la noche horada
canturreando una copla de la vida y la nada
tu nombre ponga en la canción;

y que la soledad de la nada y la vida
al advertir tu nombre en la canción suicida
se vuelva canto y corazón.

Por los alrededores del callado astillero
con pasión gigantesca y con dolor austero
camina un sátiro espectral

y desde las montañas suena un olor de esperma
que combate y que borra a la moral enferma
con su resuello sideral.

Huya el tropel mohoso por su hipócrita invierno
y quede con nosotros el desposado eterno
al que echarnos eterno arroz.

Padre y maestro mágico y sátiro profundo,
que tu palabra en sombra nos ilumine el mundo
con el resplandor de tu voz!

(de *La noria*)

NOCTURNO CON LUIS ROSALES

Sin entusiasmo, ni ambición, ni cólera,
sólo el deber, socorrido con cigarrillos,
ayuda hoy al encanecido poeta a proseguir la redacción
de un libro contra la calumnia.

Es invierno, y un viento
cuya maldad parece taciturna y desilusionada
silba en la esquina una sonata en donde los siglos
se precipitan lentamente, apagándose.

Estos infelices canallas que emborronan la vida
desde el origen de las comunidades
merecerían, piensa, un cronista más joven,
más impaciente: con fe en el exterminio
de la separación y de la iniquidad.

Pero, ay, los siglos acuden al agujero del invierno
como hojas descosidas; mi juventud susurra
más aterida en cada anochecer
y la calumnia es inmortal, y sólo
deja de florecer para empezar a germinar
hacia un nuevo florecimiento. Es, pues, inútil.

Inicia parsimonioso una página más,
prende otro cigarrillo, cubre con una manta
sus hombros, y continúa sentado
ante su mesa de trabajo, embebido,

y oyendo vagamente el rumor
del viento, de la noche, de los siglos, de los calumniadores.

(de *La noria*)

BIENVENIDO OTRA VEZ SIEMPRE

Vuelves

se diría que vuelves
hijo pródigo del tiempo
y hermano pródigo, hermano
menor mayor y Vallejo

con la pena y la ternura
en este día me alimento
y para leer leía
páginas de Heraldos Negros
y leyéndolas se abría,
como una semilla, un muerto

ay estoy vivo estoy vivo
toco y pienso y hablo y veo
y entre lo que yo veía
estaba tu poema inmenso
donde Pedro Rojas iba
resucitando muy serio
con una cuchara a un lado
y al otro un convencimiento,
y entre lo que yo pensaba
recordaba tus recuerdos
llenos de hambre y de cárcel
y de pesadumbre llenos,
y entre lo que yo iba hablando
eran tus trágicos versos

que se incorporaban como
irresistibles enfermos

han pasado largos años
y aquí muchos te queremos
seguirán pasando años
y te seguimos queriendo
ay estoy vivo estoy vivo
con un libro de tus versos
y el cadáver de una lágrima
en algún lugar del cuello
y me siento y me levanto
y recuerdo y agradezco
y la pena se me pone
profunda como un consuelo
y la ternura lo mismo
que eran hermanos gemelos

en un cementerio yaces
y cuando tenga dinero
para el tren y el desayuno
—¡magia pura de tus versos!—
me sentaré ante tu lápida
y pensaré en tu esqueleto
y será como advertir
el corazón de los muertos
como si la vuelta dada en
la cerradura del tiempo
sollozara dulcemente

de amor y de abatimiento
y te compraré unas flores
para que las vea el viajero
y mi georgette llorará
parece que la estoy viendo
y el traje se irá apretando
a la garganta y al cuerpo

se diría que estás mirando
estos libros que yo tengo
tuyos viejos ya y yo iba
saludándote en tus versos
buenas tardes, César, buenas
tardes, y parecía cierto,
y la pena y la ternura
las dos a amar se pusieron

vuelves se diría que eres
hijo pródigo del tiempo

(de *Taranto*)

MÁGICO ABUELO

Alta y misericordiosa,
dolorosa y pensativa,
por entre los lentos años
su cara vieja y magnífica
es como una lenta yedra
amparando a mi ruina.

Cuántas veces me ha vendado
mis más secretas heridas,
en cuánta amargura ha puesto
pomada de compañía,
cuánto ha refrescado el
infierno de mi desdicha.

Como un viento de silencio
lleno de luz y de enigma
se acerca a mi puerta oscura
y universalmente silba
un amor universal
que me calma y me reanima.

Es como un milagro. Entra
paciente por las rendijas
del dolor, y distribuye
su cordial sabiduría
allí donde el corazón
está perdiendo la vista.

Y empiezo a ver. Y veo cosas
que sirven para la vida:
veo paciencia, compasión,
memoria, bondad; y arriba
el lenguaje más profundo
que haya inventado un artista.

Qué provisión de coraje
en su humildad me aproxima,
que provisión de humildad
me entrega desde las cimas
de su saber. Qué de grano
lleva su callada espiga.

Don Antonio, don Antonio,
el que naciera en Sevilla,
el que sufriera en España,
el que muriera a su orilla,
junto a una madre que era
tal vez su madre y su hija.

Misterioso y silencioso
cruzó la frontera. Iba
enfermo de muerte y pena
y derrota y despedida.
Tal vez llevaba en la ropa
su legendaria ceniza.

Desde entonces –yo era un niño
de dos años aquel día–

fuieste llegando a mi casa,
mágico abuelo. Una silla
hay en ella para ti.
La mejor.

La más vacía.

(de *La noria*)

EL DESTERRADO DEL ESPASA

Vengo a pedirle a usted la mano de su hija.
Permítame que me presente: Tengo
setenta y tres años cumplidos. Mi padre
defendió a tiros la República.
Tras la derrota tuvo suerte:
no le dieron garrote vil.
De los ocho hijos que engendró
en el vientre de nuestra madre
vivimos cinco, todos varones. Todos cinco
queremos mucho, don Lorenzo, a Paquita, la hija de usted.
Y yo además la necesito: para durar,
para iluminar mi escalera,
para morir sin odio.
Vengo a pedirle la mano de su hija.
La vida sigue, don Lorenzo. A Paquita y a mí
nos nació Guadalupe. Espere. Traigo en mi billetera
una fotografía de su nieta de usted... Aquí está.
¿Verdad que es preciosa, diosmío?
Y es aún mayor la belleza de su conciencia.
Deduzco que ha heredado ese ardimiento,
ese don de vivir en justicia,
esa tonalidad, ese gen suntuoso,
en la conducta de sus dos abuelos:
como si en el mantel de las neuronas de mi hija
usted y mi padre jugasen interminablemente,
desde hace siglos, una partida de ajedrez
en la que los peones comen a dos carrillos,

beben vino, regüeldan, leen buenos libros,
duermen en paz, madrugan, trabajan sonriendo...
Mire a su nieta Guadalupe: la vida sigue:
no pudieron con usted, don Lorenzo.
En la cárcel de Porlier, en el año 1942
le pusieron a usted la muerte sobre la garganta.
Le dieron vueltas a una manivela.
Lo asesinaron: y no pudieron con usted.
Téngalo por seguro: no pudieron.
Vengo a pedirle a usted la mano de su hija.
... Le cuento: aquella niña con un ramo de flores
arrodillada y aterrada
ante la hija del general Franco...
[fue inútil: no quisieron conmutarle a su padre
la pena de muerte, una pena inmortal,
por años de prisión, los que fueran... Contemplo
a su hija, don Lorenzo, arrodillando
sus doce años menos ciento tres días.
Susy y Margara no se atreven a jadar.
Y mi mujer le entrega aquel ramo de flores
a Carmencita Franco, por su onomástica...
Por cierto, don Lorenzo: ¿A cuento de qué lo ejecutaron?
¿Exterminaban en el pintor Lorenzo Aguirre
a la Institución Libre de Enseñanza, a la República,
a las pajaritas de papel que Miguel de Unamuno
le enseñó a usted a manufacturar
con las uñas pulgares y con un alfiler?
¿A cuento de qué lo mataron a usted, a tres años
de acabada la guerra? ¿Qué ganaron con ese crimen?

¿Qué disfrute obtuvieron con toda una familia de dolor?
¿Y a qué venía la orden de retirar su nombre del Espasa?]
... Como le iba diciendo, aquella niña arrodillada
he aquí que hoy está al borde de sus ochenta años.
¡Lo que es el tiempo, qué resistente, qué robusto,
con él no pueden ni el horror ni el crimen!
¡Y qué tristeza siente en su alma el tiempo
cuando por fuerza no lo puede todo!
Me refiero, don Lorenzo, a que Francisca Aguirre
no logró nunca hacer el duelo. Sépalo: nunca.
Al tres por dos usted regresa y llena su memoria
de angustia infancia espanto y lágrimas de oro:
fíjese: incluso en esas ocasiones
también le sale afuera la luz del corazón.
Lo que quiero decir es que esa niña de rodillas,
como sin darse cuenta, sin un ruido,
de forma muy misteriosamente natural
(¡y desde hace ya más de medio siglo, se dice pronto!)
se esfuerza en enseñarme, a base de paciencia,
la asignatura de la serenidad.
¡Qué le parece, don Lorenzo! ¿Comprende usted
por qué he venido viejo al pie de su cadalso,
por qué provengo desde dos mil diez
al seis de octubre del cuarenta y dos
pian pianito, pasito a paso cerca de la noche?
... Va a amanecer, Lorenzo. Te van a ejecutar.
Menos mal que he llegado a tiempo.
He venido a traerte el medio siglo de viudez
y de coraje maternal que ejerció tu mujer

antes de irse contigo cansadita, orgullosa.
He venido a traerte en caudal a dos manos
abrazos testarudos de las tres niñas de tus ojos.
He venido a traerte en mi bandeja genealógica
saludos de mi padre desde bajo su tumba.
He venido a traerte, firmada y rubricada,
la certidumbre nuestra sobre tu dignidad.
Y he venido a traerte aquesta pajarita de papel
para que en ella vuele la memoria de ti
por los biznietos de los nietos
hasta que sobre el aire quede escrito tu nombre:
«¡aguirreaguirreaguirreee...!»
Así, trino y Lorenzo a lo largo de España.
... Ya amanece, Lorenzo, amigo mío.
Ya vienen. Te tocan en el brazo. Caminas.
Te sientas. Le sonrías con piedad al verdugo.
Soy un viejo. Dos ojos. Un grito. Una memoria.
He venido a pedirte la mano de tu hija.

(de *Libro de familia*)

BODA DE ORO

Señora: desde que el tiempo nos derriba,
conforme el hielo avanza a nuestros huesos
y en nuestra edad nos vamos yendo presos
con este esfuerzo de barranco arriba;

Hoy que el violento calendario criba
todos nuestros asuntos y sucesos
y apenas si nos quedan unos besos
donde, no la pasión, la alma está viva;

ahora, señora, compañera vieja,
ya medio siglo hablando en esta reja.
por entre tantas lágrimas riyendo,

ahora, devuelta de tan grandes daños
como nos entregaron tantos años,
ahora es por fin cuando el amor comprendo.

(Inédito)

BIO-BIBLIOGRAFÍA

Poeta, narrador y ensayista español (Mérida, Badajoz, 1937). Desde los dos hasta los veinte años de edad vivió en Tomelloso (Ciudad Real). Está casado con la poeta Francisca Aguirre, con quien tiene una hija, Guadalupe. Trabajó en diversos oficios hasta que en 1961 entró a formar parte de la revista cultural *Cuadernos Hispanoamericanos*, en donde trabajó durante treinta y cinco años, trece de ellos como director. Durante los años 1969-71 dirigió la colección de libros «El puente literario», de la editorial Edhasa. Ha viajado por unos treinta países, entre ellos casi todos los iberoamericanos, como conferenciante sobre poesía, flamenco y otros temas culturales. En 1988 fue nombrado Hijo Adoptivo de Santiago de Chuco, por sus trabajos de estudio y difusión de la poesía de César Vallejo. Dirigió durante 1989 la revista de arte *Galería*. Ha dirigido cursos sobre flamenco en varias universidades y otras instituciones españolas. Ha sido traducido a una docena de idiomas. En 1997 fue nombrado miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Ha obtenido los premios de poesía: «Alcaraván» (1962), «Adonáis» (1963), «Guipúzcoa» (1965), «Casa de las Américas» (1967), «Nacional de Poesía» (1978) y «Manuel Alcántara» (1996); de narrativa: «Eugenio D'Ors» (1965), «Gabriel Miró» (1966), «Barcarola» (1989), «Felipe Trigo» (1994), y «Premio Extremadura a la Creación» (2004); de ensayo: «Hidalgo» y «Nacional de Flamencología» (1980). En 1998, por votación popular coordinada desde la revista *El Olivo* a la que enviaron su voto miles

de estudiosos e interesados en el tema, fue proclamado el mejor escritor de temas flamencos. En el año 2001 fue nombrado hijo adoptivo de la Ciudad de San Roque (Cádiz). En 2004 le fue otorgado el Premio Nacional de las Letras Españolas. En 2005 es nombrado miembro correspondiente de la Real Academia Hispano Americana (Cádiz). En 2005 se le otorga la Medalla de Oro de Castilla-La Mancha. En 2007 recibe el «Premio Quijote a la Creación Literaria». Es además «Premio Comunicación 2008 de la Cadena SER». En 2009 es nombrado miembro de número de la Real Academia de Extremadura de las Artes y las Letras. En junio de 2010 es nombrado hijo predilecto de Mérida.

LIBROS

Poesía: *Las piedras* (1964, 1971, 1977, 1986, 1989, 1992 y 2011), *Música amenazada* (1966, 1971, 1977, 1986, 1989 y 2011), *Blanco spirituals* (1967, 1968, 1971, 1977, 1986, 1989, 1998, y 2011), *Taranto. Homenaje a César Vallejo* (1971, 1977, 1978, 1986, 1989 y 2011), *Puedo escribir los versos más tristes esta noche* (1971, 1977, 1986, 1989, 2006 y 2011), *Biografía* (1971, 1977, 1986, 1989 y 2011), *La cabellera de la Shoá* (2010 y 2011), *Libro de familia* (2011), *Las rubáiyatas de Horacio Martín* (1978, 1979, 1986, 1989, 1990, 1998 y 2011), *La noria* (1986, 1989 y 2011). [Los libros *Taranto*, *Las piedras*, *Música amenazada*, *Blanco spirituals*, *Puedo escribir los versos más tristes esta noche*, *Las rubáiyatas de Horacio*

Martín y La noria están reunidos en la reciente edición de *Biografía*, Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores, Barcelona, 2011]

Antologías de poemas: *Cuaderno* (1993), *Con buenas formas* (1997), *Conversación* (1997), *La canción de la Tierra* (1998 y 2004), *La memoria en llamas* (2004), *Una grieta por donde entra la nieve* (2006).

Novela: *Las calles* (1980), *La balada del abuelo Palancas* (Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2003. Octava edición, 2008).

Relatos: *Por ejemplo, doscientas* (1968), *Parábolas* (1975), *Lugar siniestro este mundo, caballeros* (1980, 1985 y 2006), *Fábula* (1991 y 1993), *Decepción* (1994), *El marido de Alicia* (1995), *Sobre el amor y la separación* (1996), *Té con pastas* (2000 y 2008).

Ensayo: *Occidente, ficciones, yo* (1968), *Apuntes sobre poesía española de posguerra* (1970), *Mi música es para esta gente* (1975), *Memoria del flamenco* (1979, 1981, 1995, 1999, 2001 y 2006), *Elogio de la libertad* (1984 y 1995), *Agenda flamenca* (1985 y 1992), *Once artistas y un dios* (1986 y 2006), *La calumnia* (1987), *García Lorca y el flamenco* (1992), *La vida breve* (1985 y 1995), *Paco de Lucía y Camarón de la Isla* (1998). *Poesía flamenca* (En colaboración con José Martínez Hernández, 2010).

Teatro: *Persecución* (1978), *Ítaca* (2006).

Otros: *Santuarios. Homenaje a Henry Miller* (Grabación en disco, 1971), *Persecución* (Disco con un estudio sobre la marginación de los gitanos españoles, 1976), *Grandes del flamenco* (Seis LP; antología y estudio de Félix Grande; 1981), *Poema de amor* (Poemas de Félix Grande. en disco, voz de José Luis Gómez y música de Paco de Lucía, 1983).

ÍNDICE

PÁG.

¿Quién es este escritor? ¿Gracias a quién?	3
Selección de poemas	63
El ojo enorme de tu sepultura	65
Guadarrama	68
Madrigal.....	70
Barrio de Europa	72
Oscuro	74
Como una inundación.....	76
Obertura	79
Circo pobre	80
El principio de realidad.....	82
La guarida	84
La música última	86
Recuerdo de infancia	88
El espía.....	90
Cobrizo espiritual.....	93
Fragmento para un homenaje a <i>Rayuela</i>	95
El peligro amarillo	97
Mejor para mí.....	101
La resistencia	104
Lágrima miserable.....	106
Como el nombre de un dios.....	108
Lento asalto de óxido.....	110
Inmortal sonata de la muerte.....	113
Espiral.....	115
La patria	119
Rondó.....	120
Todos los siglos de la lluvia	121
Antes que el tiempo expire, nuestras manos.....	122
En vos confío.....	123
José Hierro obtiene la jubilación	125

Una gotera	127
El hombrecito gigantesco.....	129
Hijos de la ira.....	132
Salutación al desposado eterno.....	134
Nocturno con Luis Rosales.....	137
Bienvenido otra vez siempre.....	139
Mágico abuelo.....	142
El desterrado del Espasa.....	145
Boda de oro.....	149
Bio-bibliografía	151

Creada en 1955 por el financiero español Juan March Ordinas, la **Fundación Juan March** es una institución familiar, patrimonial y operativa, que desarrolla sus actividades en el campo de la cultura humanística y científica.

La Fundación organiza exposiciones de arte, conciertos musicales y ciclos de conferencias y seminarios. En su sede en Madrid tiene abierta una biblioteca de música y teatro. Es titular del Museo de Arte Abstracto Español, de Cuenca, y del Museu Fundación Juan March, de Palma de Mallorca.

A través del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, la Fundación creó el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, actualmente integrado en el Instituto mixto Carlos III / Juan March de Ciencias Sociales de la Universidad Carlos III de Madrid.

PYP

[31]



FUNDACIÓN JUAN MARCH